

LA RAZA MILENARIA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

El trabajo se había retrasado más de lo previsto. Por ende, cuando al fin regresamos a la costa no me sorprendió lo más mínimo la noticia de que nuestro carguero se había cansado de esperarnos. Exactamente, partió hacía tres días. Aquel condenado comandante no quiso perder ni un segundo más, a pesar de que, me consta que así lo hizo, el intendente intentó convencerle. Desde lo profundo del continente yo le había radiado un mensaje contándole los problemas que habíamos tenido al final. Le pedí al intendente que usase toda su influencia para que el carguero nos esperase.

A. Thorkent

La raza milenaria

Bolsilibros: La conquista del espacio - 361

ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

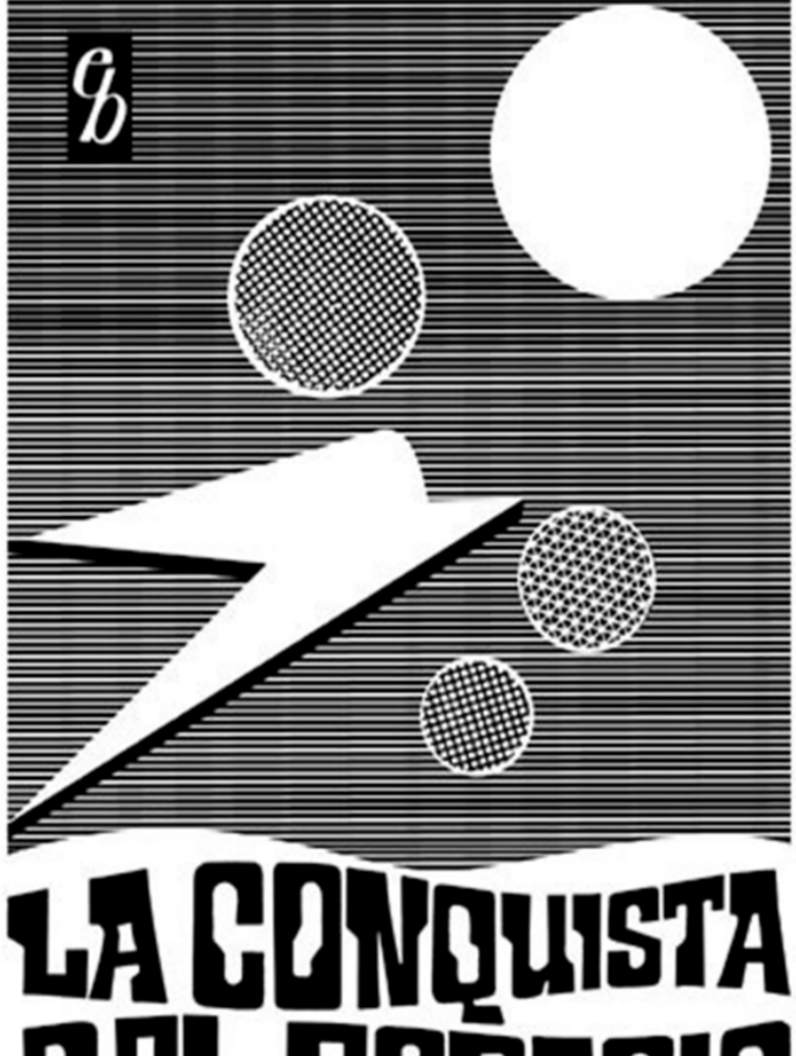
A. Thorkent, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA RAZA MILENARIA

A. THORKEN


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO

El trabajo se había retrasado más de lo previsto. Por ende, cuando al fin regresamos a la costa no me sorprendió lo más mínimo la noticia de que nuestro carguero se había cansado de esperarnos.

Exactamente, partió hacía tres días. Aquel condenado comandante no quiso perder ni un segundo más, a pesar de que, me consta que así lo hizo, el intendente intentó convencerle.

Desde lo profundo del continente yo le había radiado un mensaje contándole los problemas que habíamos tenido al final. Le pedí al intendente que usase toda su influencia para que el carguero nos esperase.

Pero fue inútil.

Nuestra caravana entró en las instalaciones y el intendente acudió a nuestro encuentro, con cara de circunstancias, para darnos la mala nueva.

Sencillamente, estábamos en Algol III sin posibilidad de salir de allí antes de treinta días. Hasta entonces no arribaría otro carguero que descendiese a lo largo de nuestra galaxia hasta el Sol.

De mal humor dispuse que nuestra carga fuese encerrada en los barracones y encargué a varios hombres que cuidasen de los animales. Valían millones y tenían que llegar a la Tierra en perfectas condiciones.

Luego me encerré en mi cuarto y me emborraché.

Al día siguiente me desperté con terrible dolor de cabeza a causa de las llamadas intempestivas de Manuel Aguian. Estaba muy alterado y hablaba nerviosamente.

Casi estuve a punto de soltarle un puñetazo, pero cuando en medio de mi aturdimiento escuché algo sobre una nave que había aterrizado durante la noche, abrí cuanto pude los ojos y me precipité al interior de la ducha.

El agua fría y una gran cantidad de café me pusieron en forma y salimos al exterior. Aguian me fue explicando por el camino que se trataba de una nave enorme, con matrícula de Mizar. En la torre de control le habían dicho que surgió del hiperespacio a un millón de kilómetros de Algol III, solicitó permiso para el descenso y se presentó sobre la pista.

Cuando vi la nave me quedé sorprendido. Por supuesto que las había visto mayores, pero nunca capaces de posarse en un planeta. Naves como aquélla siempre quedaban orbitando. Su tono mate de oro viejo despedía ligeros destellos a la luz azul de la estrella Algol.
Aguian dijo que se llamaba *Russell-B*, y yo le maldije cuando él aseguró, un poco tristemente, que dudaba, empero, que nos sirviera para algo.
Cruzábamos la pista de cemento en dirección a la nave cuando un vehículo unipersonal frenó a nuestro lado. Era el intendente Kruger, quien después de darme los buenos días con cierta ironía, añadió:
—Hubiera apostado lo que fuera a que le encontraría por aquí, señor Grawman. Me había detenido y pregunté:
—¿Por qué dice eso?
Indicó a mi ayudante Aguian.
—Fue a avisarle de la inesperada visita, ¿no? —se encogió de hombros—. Pues si piensa que va a cargar en ese navío a todos sus animales se equivoca.
Miré ceñudamente a Kruger. Aguian ya me había dicho que la nave de Mizar tenía una ruta de navegación que la debía conducir a las estrellas Tauri, lo que significaba que pasaría a corta distancia de nuestra añorada Tierra.
—¿Qué son esa gente? —interpelé al intendente.
—Los de Mizar son humanos…
—Eso lo sé —repliqué, molesto—. No tiene aspecto de carguero. ¿A qué se dedica ese cacharro?
—Intento decirle, Grawman, que no les convencerá con dinero para que lleve a la Tierra su montón de animales, impedimenta y a todos ustedes.
—Ése es mi problema, ¿no? ¿Tiene algún inconveniente en que me entreviste con el comandante?
—Oh, por supuesto que no. ¿No le dice nada
CILMO
?
Negué con la cabeza.
—Centro Intergaláctico Localizador de Mundos Olvidados —dijo Aguian en medio de una sonrisa.
—Nunca escuché nada de eso. ¿Qué hacen?
—Es una institución de gente dedicada a rescatar planetas salvajes.

Empecé a comprender. Kruger tenía su pizca de razón. No iba a resultar fácil, pero tenía que intentarlo.
El intendente me aseguró que encontraría al comandante en la nave, pues ningún miembro de la tripulación había salido apenas al exterior. Aquella gente era un poco rara y siempre estaba muy ocupada. Habían dicho que partirían al día siguiente, después de un intercambio de comunicación con Mizar. Para realizar tal contacto habían salido del hiperespacio y descendido en Algol III. Una nave viajando a velocidad superlumínica apenas si puede captar una indicación de solicitud de comunicación. Y la *Russell-B* debía disponer de modernos sistemas para haber sabido que desde Mizar querían comunicarle algo.
Apenas aterrizaron, siguió diciéndome Aguian, y después de presentar sus respetos al intendente y demás autoridades, el comandante mizariano había solicitado permiso para usar la instalación comunicadora láser de la torre de control.
—Llevan hablando con Mizar desde hace ocho horas —añadió Aguian.
Silbé admirativamente. La factura que le presentaría el intendente por aquella broma iba a ser astronómica. Recordé que una vez me atreví a enviar un mensaje instantáneo desde Centauro a la Tierra y me costó la paga de un mes. ¡Y sólo fueron dos minutos doce segundos!
Cuando estábamos cerca de la nave apenas tenía esperanza de conseguir embarcar. Mentalmente hice unos cálculos. El siguiente carguero tardaría treinta días, más otros tantos en ir desesperadamente lleno a la Tierra, dos meses.
La carga alojada en los barracones podía esperar. Los animales capturados no padecerían, porque podía dejarlos en expertas manos, pero yo perdería mucho dinero si no me hallaba en la Tierra antes de un mes. *Russell-B* podía ser la solución, y por intentarlo no perdería nada.
Los mizarianos habían hecho bajar diversos vehículos que les habían servido la noche anterior para conectar su sistema de comunicación con los de la torre de control. Algunos hombres y mujeres se movían por allí, enfrascados en sus labores. Cuando pasamos junto a ellos, apenas si nos dirigieron una mirada.
La nave estaba posada sobre sus gigantescos sustentadores y las dos

moles semiesféricas se alzaban hacia el cielo gris. Unas rampas descendían desde las salidas y nos dirigimos hacia la más cercana.
Un hombre joven, vistiendo un traje gris oscuro, ajustado a su atlético cuerpo, nos observó inexpresivo.
—Buenos días. Deseamos ver al comandante —dije, intentando sonreír de la forma más amable que podía—. Me llamo Leonard Grawman y, mi ayudante, Manuel Aguian.
Nos dedicó una amable sonrisa. Con voz suave preguntó:
—¿Motivo? Carraspeé.
—Solicitud de embarque —contesté de sopetón.
Escuché un quejido a mi lado. Manuel se había puesto a mirar hacia otra parte. Al parecer, no estaba conforme con mi contestación. ¿Acaso tenía que haber dicho algo más diplomático?
El joven se volvió y tomó un comunicador de la consola situada detrás suyo. Habló unas pocas palabras, tan quedamente que no nos enteramos de nada.
—Está bien, señores. El comandante les recibirá inmediatamente —informó, indicando la rampa—. Arriba las espera un aspirante que les conducirá a su presencia.
Dimos las gracias y nos colocamos en la rampa, que se puso en movimiento ascendente y nos colocó en una espaciosa cámara de vacío. Allí nos tropezamos con la encantadora sonrisa de una atractiva joven. A pesar de la sobriedad de su uniforme, me pareció preciosa.
La seguimos por la nave, en silencio. Estábamos bastante ocupados, Manuel y yo, admirando la perfección de aquel ingenio espacial. Ambos sabíamos que los mizarianos tenían fama de construir las mejores naves de aquella parte de la galaxia, pero nunca habíamos visto una.
Durante el camino nos cruzamos con algunos tripulantes, hombres y mujeres. Estas últimas eran todas jóvenes y bonitas. Me hice el firme propósito de intentar a toda costa que me admitieran en la nave. Un viaje rodeado de tantas chicas atractivas nunca podía resultar monótono.
Claro que entonces conocía muy poco a los mizarianos y sus costumbres. Mis conocimientos de ellos eran tan relativos entonces que concebí vanas esperanzas.
La muchacha abrió una puerta y nos condujo a una amplia sala.

Una larga mesa de cristal y mármol estaba en el centro, y detrás de ella un hombre de edad madura. A su lado, una hermosura de larguísima cabellera negra, lisa, que le caía por los hombros. Me olvidé inmediatamente de lo que nos había llevado hasta allí y me costó mucho trabajo fijarme en el comandante.

—Saludos, señores —dijo el comandante levantándose e indicándonos unas sillas—. Mi nombre es Altur —indicó a la preciosa morena—. Ella es la segunda de a bordo, Marion Lucks. ¿En qué podemos serles útiles?

Aspiré profundamente.

—Por unos días perdimos el carguero regular que debía llevarnos a la Tierra, comandante. Nos entretuvimos más de la cuenta en las mesetas interiores del continente. Algol III no es un planeta que cuente con demasiadas líneas regulares y hasta dentro de treinta días no llegará otra nave que nos devuelva al hogar.

—Entiendo. Y ustedes han considerado como un milagro que nosotros hayamos llegado, ¿no?

—Bueno… Lo más sorprendente es que ustedes pasaran cerca de la Tierra de camino a las estrellas Tauri. El señor Aguian se informó de ello en la torre de control.

—Efectivamente, ésa era nuestra primitiva ruta —asintió el comandante.

—¿Era? —pregunté alarmado—. ¿Es que han alterado el destino?

—Un poco, señor Grawman. De todas formas, en la torre de control de estas instalaciones no fueron muy precisos con el señor Aguian. Sí, vamos a Tauri, pero también pensábamos hacer una escala en la Tierra. Unos dos o tres días antes de proseguir.

Sonreí.

—Entonces, no veo el problema.

El comandante sonrió y la chica se movió lentamente, atrayendo mi lasciva mirada. Marion se sentó en otra silla, en el extremo de la mesa y dedicó la atención de sus enormes ojos negros a unos papeles. Me irrité. Parecía que ni Aguian ni yo estuviéramos allí para ella.

—Pasábamos a unos cientos de millones de kilómetros por Algol, en dirección a la Tierra —dijo Altur—, viajando por el hiperespacio cuando captamos los indicativos, insistentes, de que desde Mizar querían establecer comunicación instantánea con nosotros. Los

indicativos revelan que era de nuestro Centro Superior y radiaban en alta prioridad.
»Por ende, solicitamos permiso para descender en Algol III, ya que, aunque apenas habitado, sabíamos que disponen de medios para la comunicación instantánea.
»Durante varias horas hemos estado dialogando con nuestro Centro Superior, recibiendo instrucciones. A consecuencia de esto, señor Grawman, hemos tenido que variar nuestros planes. Por supuesto, iremos a Tauri, pasando por la Tierra; pero antes tenemos que desviamos unos años luz. Esto quiere decir que si teníamos pensado estar en la Tierra antes de quince días, lo haremos ahora dentro de veintiocho.
Ahogué el silbido admirativo que quiso salir de mis labios. Aquella nave sí que era veloz. Odié el lento carguero que no quiso esperarnos. Incluso podíamos llegar a la Tierra antes que él, esperar allí al impaciente capitán y darle un puñetazo, escupiéndole en su rostro que su nave era una basura.
—Magnífico —dije. Soporté la mirada angustiada de Aguian, quien había comprendido que llegaba el momento crítico—. Mi misión científica consta de doce hombres… y unas toneladas de carga —añadí en un hilo de voz.
—Nuestra nave es grande, señor Grawman —sonrió el comandante—. Si ninguno de ustedes tiene inconveniente en acompañarnos en una escala técnica a nuestro primer y nuevo destino, con mucho gusto les llevaré a la Tierra. Por supuesto, no somos una nave comercial…
—Oh, no discutiré el precio —me apresuré a decir. Me mordí los labios. La sonrisa del comandante desapareció y Marion levantó la mirada de los papeles.
—No les cobraremos nada, señor Grawman —dijo el comandante con marcada paciencia—. ¿Es que no sabe que somos miembros del CILMO?
—Bueno… —titubeé—. La verdad es que por un momento lo olvidé. Y también consideré honrado preguntarles por el precio.
—No se preocupe. Me temo que son demasiadas personas las que ignoran nuestra labor. Los días que dure el viaje tendrá tiempo de conocemos mejor. Así, cuando lleguemos a nuestro nuevo destino

ya sabrá del
CILMO
lo suficiente.
—Por supuesto —dije, aliviado.
La chica dejó sobre la mesa los papeles, carraspeó, me miró y dijo:
—A propósito, señor Grawman, ¿qué clase de expedición científica es la suya?
Hasta aquel momento me había parecido imposible que todo marchase tan bien a pesar de mis torpezas. Moví la cabeza. Dirigí una mirada a Aguian. Encogí los hombros porque no podía sino decir la verdad y admití, como si estuviera reconociendo un crimen:
—Somos cazadores. Por encargo del zoo de Ciudad del Cabo intentamos llevar a la Tierra parte de la fauna de Algol III. Todos animales vivos, por supuesto —añadí en un intento vano de no aparecer tan sanguinario ante los ojos de aquellos seres tan sensibles.

CAPITULO II

No. Los mizarianos no pusieron el grito en el cielo. Son demasiado civilizados. Aunque no admitían en ellos muchísimas costumbres de la galaxia en su puritana y filantrópica organización, ni siquiera fruncieron el ceño.

El comandante Altur se limitó a recordarme que en las naves de Mizar estaba prohibido el comercio de animales. No retiró su invitación de llevamos a la Tierra. Pero los animales capturados tendrían que quedarse en Algol III.

La temida dureza e intransigencia mizariana de Aguian quedó reducida en un considerable tanto por ciento.

Era lo que yo pretendía, ni más ni menos.

Me dieron tres horas para disponer lo que precisase, ya que el *Russell-B* partiría transcurrido ese plazo.

Así, Aguian y yo dedicamos un par de horas largas en disponerlo todo. Los otros diez hombres que componían la expedición nos miraron con envidia. Pero yo era el jefe y podía disponer de ellos, puesto que su contrato de trabajo no concluiría hasta mucho después de llegar el carguero y conducir a la Tierra la carga viviente. Se quedaría en Algol cuidando a los bichos y yo les esperaría en la Tierra, con otro contrato de trabajo de otro zoo terrícola en el bolsillo.

La competencia entre los cazadores profesionales es muy dura y uno no puede dormirse. Mantener un equipo como el mío cuesta mucho dinero y no puedo consentir que vagueen.

Recogimos nuestros equipajes y algunas cajas, que Aguian miró desconfiadamente.

—No se te ocurrirá decirles a los mizarianos lo que llevamos ahí dentro, ¿verdad? —preguntó.

—Claro que no. ¿Tan estúpido me crees? Ya empiezo a

conocerlos un poco. Si los mizarianos supieran que esas cajas están repletas de armas nos echarían a patadas, a pesar de su buena educación.

Lo cargamos todo en un vehículo. Mientras Aguian conducía hacia la nave —ya nos habíamos despedido del intendente, quien se asombró mucho ante el éxito obtenido en nuestra gestión ante el comandante—, añadí:

—No puedo permitir perder una sola de mis armas, Manuel.

—Conmigo no tienes que excusarte, muchacho —replicó Aguian —. Pero si te las ven debes decir que sólo se trata de proyectores anestésicos para las bestias que capturamos.

Sonreí sin remediarlo. Además de las armas a que había aludido Manuel, llevábamos algunas desintegradoras, lanzacohetes y caloríficas. Recordé aquella especie de tiranosaurio que a punto estuvo de sorprendernos en los pantanos infestos y que tuvimos que destrozar entre Aguian y yo. Usamos los desintegradores y lo convertido en papilla, pero si nos hubiéramos descuidado unos segundos hubiéramos terminado los doce miembros de la expedición dentro de su estómago.

Cazar fieras en planetas exóticos es algo excitante. Pero con los anestésicos rápidos sólo se pueden capturar herbívoros y alimañas. Los grandes saurios es algo difícil cogerlos vivos, con gran riesgo personal. La mayoría de las veces, y muy a pesar de uno, hay que terminar matándolos.

Claro que se puede uno internar en alguna zona desconocida con el sano propósito de capturar algunas especies vivitas y coleando, pero siempre hay que llevar, además de los proyectores anestésicos, algún arma de fiar, contundente.

Como no tenía la menor intención de dar tantas explicaciones a los mizarianos, dejé que algunos aspirantes —como llaman a los neófitos— llevasen las cajas y equipajes a nuestros camarotes. Nadie nos preguntó nada y yo me alegré por ello. Siempre resulta un poco desagradable mentir a gente tan hospitalaria.

El aspirante que nos llevó a los camarotes, siempre solícito, nos rogó que nos preparásemos para la partida, que eso se produciría en unos minutos. Nos dejó unas instrucciones con las costumbres que deberíamos observar a bordo y se marchó.

Me distraje aquel tiempo leyendo las instrucciones. No eran

demasiado severas. Los mizarianos tenían diversas religiones, pero poseían como dogma común la no violencia. A partir de esto, tan sencillo, se movía su sociedad. Los miembros de
CILMO
eran los puritanos de aquella comunidad casi espartana.

En toda la nave no había una sola arma. Excepto las mías, claro, introducidas de contrabando.

Sin embargo, cuando aquella preciosidad de Marion un día se dignó a conversar conmigo después de la comida, mi asombro alcanzó su máximo grado.

Tal como encerraba el contenido de las cinco letras que formaban sus siglas, aquel grupo de mizarianos se dedicaban, desinteresadamente, a localizar mundos olvidados, como siempre se llamaron a los planetas que por diversas circunstancias quedaron marginados durante los siglos de la expansión humana por la Galaxia.

—¡Pero si hace más de cincuenta años que no se descubre un planeta olvidado! —exclamé yo cuando Marion terminó de detallarme la misión que tenía encomendado *Russell-B.*

—Precisamente por eso estamos todos un poco excitados —replicó ella brillándole los ojos—. Desde Mizar intentaron desesperadamente localizarnos. Nuestra nave es la única que navega por esta zona, la más próxima al mundo olvidado descubierto. Ahora vamos hacia allí. ¿No le parece maravilloso, señor Grawman?

Le recordé, una vez más, que dejase de llamarme señor Grawman y usase mi nombre: Leonard. Oh, sí lo prefería, Leo, como mis amigos lo hacían.

Fruncí el ceño. Cuando el comandante me dijo que nos desviaríamos un poco antes de proseguir hasta Tauri con escala en la Tierra, no pude imaginarme que se trataba de visitar un legendario Mundo Olvidado.

—El último Mundo Olvidado y explorado fue hace ochenta y dos años. Una nave de nuestra organización llegó allí. Pero fue demasiado tarde. La civilización había desaparecido. Una guerra la terminó de aniquilar. Aquellos desgraciados, sin medios de comunicación con otros planetas y sin naves para escapar, terminaron matándose los unos a los otros.

—¿Y no se desanimaron durante tanto tiempo?

—Claro que no. Es que nuestro cometido no se limita a intentar descubrir un M. O., sino que también llevamos a cabo misiones especiales de socorro en planetas con dificultades ecológicas o económicas. Pero nuestro mayor orgullo es descubrir un Mundo Olvidado y redimirlo.

—Es posible que éste a donde vamos también esté desierto.

—No. Estamos seguros que aún viven en él millones de seres humanos.

En alguna ocasión había leído algo referente a esos mundos que durante la Primera Era, y cuando se derrumbó el Gran Imperio, quedaron aislados. Los que no dispusieron de medios de navegación estelar tuvieron que adaptarse al medio. En muchos se regresó a la barbarie, la superstición y degeneración. Una minoría siguió avanzando, más o menos lentamente, subsistiendo por siglos hasta que la reorganización de la Galaxia volvió a integrarlos nuevamente.

Al principio, fue la Tierra quien se ocupó del laborioso trabajo de investigar en los antiguos registros, la mayoría perdidos, para saber dónde estaban los mundos que una vez pertenecieron al fenecido imperio. Luego, con los años, cuando los descubrimientos se hicieron más lentos, las naves patrulleras fueron dejando de recorrer las enormes extensiones de la Galaxia.

—Nuestro mundo fue uno de los pocos que evolucionó, aislado, en grado superior a todos los demás planetas —dijo Marion orgullosa—. Cuando de nuevo llegaron naves a otros planetas disfrutábamos de un nivel más elevado, sorprendiéndolos. Como habíamos padecido en nuestras propias carnes el olvido de nuestros semejantes, se creó el CILMO a raíz que la Tierra olvidara su obligación de rescatar de la miseria los mundos que aún quedaban.

»La Tierra cometió muchas equivocaciones con los M. O. También, gente ambiciosa se dedicaron a explotar esos planetas. En muchas ocasiones, los nuevos contactos terminaron en tragedias a causa de la violencia innata que portaban los falsos redentores. Era lógico, porque se trataba de personas que actuaban obedeciendo órdenes, sin interés ninguno en hacer buen trabajo.

»El
CILMO
ha logrado reintegrar a la plena civilización unos treinta mundos. En todos obtuvimos éxitos, porque en ninguno usamos medios violentos.

—Yo recelaría de un planeta semejante —apuntó.

—Porque usted, Leonard, no siente la necesidad de ayudar a sus semejantes. Su oficio es capturar indefensos animales, sacarlos de su ambiente natural y confinarlos en uno artificial para que los curiosos los miren.

Sus palabras estaban cargadas de reproche, que yo capté fácilmente. Carraspeé, recordando que ella me había llamado por mi nombre. En tales circunstancias era un importante paso dado hacia adelante.

Pero no encontré excusas a mi oficio. Por lo tanto, lo más sensato era cambiar de tema.

—Entonces me temo que no llegaremos tan pronto a la Tierra —suspiré.

—¿Por qué?

—Necesitarán mucho tiempo para estudiar ese mundo olvidado.

—No. Apenas será un contacto inicial. En Tauri nos reuniremos con otras naves semejantes a ésta. Regresaremos todas a Espiga II y comenzaremos a trabajar. Ésta será una corta visita, en la que nos haremos cargo de las necesidades del planeta.

—Si existieran tales necesidades, ¿no? Porque ustedes aún no saben lo que encontrarán allí.

Ella me miró gravemente.

—Sí, lo sabemos. Al menos, disponemos de bastantes datos.

—¿Cómo es posible?

—En Mizar captaron un mensaje instantáneo en un ochenta por ciento procedente de Espiga II.

—Entonces, esa gente no ha retrocedido científicamente. Si disponen de un medio de comunicación tan avanzado quiero decir que se las han arreglado muy bien estos siglos —sonreí.

—No. El mensaje estaba emitido por uno de los nuestros. Una pequeña nave de enlace se perdió hace tres años. Al parecer cayó en Espiga II. Sus informes resultaron muy inconcretos porque su comunicador no debía estar en condiciones óptimas. En el descenso

se averió y no pudo repararlo hasta hace poco. Está en dificultades.

—¿Les dijo algo referente a los indígenas?

—Sí. No mucho, sin embargo. Por desgracia, los habitantes de Espiga II han retrocedido bastante, aunque de alguna forma han conseguido formar unas civilizaciones que han heredado todos los defectos de sus antepasados. Constantemente están guerreando entre sí.

—¿Y ustedes piensan presentarse allí como si tal cosa? Supongo que se limitarán a observarles desde une órbita…

—¿Por qué? Sabemos dónde están sus principales ciudades. Tenemos que descender, darnos a conocer y prometerles nuestra ayuda cuando regresemos con las demás naves. Al menos tenemos que evitar que sigan luchando entre sí, matándose. Y, sobre todo, rescatar a nuestro compañero.

—¿Uno solo? ¿Viajaba solo?

—Eran seis, pero sólo uno consiguió escapar con vida.

—¿Del descenso? ¿O fueron aniquilados los demás por los aborígenes?

—¿Qué importa eso ahora? Loron no ha olvidado cuál es su deber y ha continuado todo este tiempo trabajando incansablemente. Antes que su comunicador se agotase logró indicarlos dónde debíamos posarnos. Tenemos con él una cita.

Me alcé de hombros. Aquella gente no parecía ser tonta, Si habían dicho que sólo perderíamos unos días en Espiga II tenían que estar muy seguros de sí mismos.

Con Manuel me veía apenas a la hora de comer. Lo hacíamos en el espacioso comedor, en nuestra mesa privada. Los mizarianos tenían sus compañeros de comida y pocos deseos de charlar con nosotros.

Al día siguiente le encontré bastante decaído, con escaso apetito a pesar que la comida era sabrosa. Los mizarianos podían ser unos puritanos, pero, al menos, sus creencias no les impedían degustar exquisitos manjares.

—¿Qué demonios te ocurre? Apenas te veo.

Manuel levantó la mirada de su casi completo plato.

—Pasado mañana llegaremos a avistar ese condenado planeta de Espiga II y todavía no me he comido una rosca.

Sonreí. Yo había dedicado todos mis esfuerzos con Marion y

estaba helado de tanto intentar aproximarme a aquel témpano de hielo. Manuel había intentado conquistar a diversas chicas, una detrás de otra. No había perdido mucho tiempo con cada una, porque, según decía, nos quedaba ya poco viaje.

—Bueno, debimos suponer que sería difícil con estas mujeres —dije.

—Todas son amables y aceptan tu charla —Manuel movió la cabeza—. Pero cuando les insinúas que te gustaría acostarte con ellas, zas. Se acabó. Te largan una disculpa y se marchan con una irónica sonrisa.

—Tal vez sólo te hayas dedicado con aquellas que ya tienen su compañero…

—No lo sé. No he tenido mucho tiempo en averiguarlo —me miró fijamente—. Sin embargo, tu elegida no parece compartir su camarote con nadie, ¿no? Y tú estás igual que yo.

—Marion y yo nos hemos hecho buenos amigos. Y no creas que no le he hecho proposiciones. Entonces, se pone un poco melancólica o triste, cambia de tema y, astutamente, consigue que me olvide del tema. Pero al día siguiente está frente a mí como si nada hubiera pasado. Todo olvidado.

—Estoy deseando estar de nuevo en la Tierra. Aquel ambiente me es más conocido. Supongo que descansaremos unos días allí.

—Les llevamos mucha delantera a los demás. Cuando lleguen les concederé unos días de asueto y luego volveremos a irnos rumbo a otro sitio. El zoo, si queda contento con nuestro trabajo, nos dará otro contrato enseguida, antes que algún competidor se nos adelante.

Manuel siguió comiendo con el poco apetito que al comienzo.

—Esos tipos están locos —masculló mientras movía el café.

—Son felices haciendo su trabajo.

—¿Quién paga todo esto?

—Creo que el Gobierno de Mizar. Hace un siglo empezaron a ganar mucho dinero vendiendo las patentes de sus naves y comunicadores instantáneos. Hasta entonces no se había conseguido nada más que multiplicar los enlaces de radio, por medio del láser, unas cien veces la velocidad lumínica. Prácticamente, Mizar vive de las rentas.

—Verdaderamente denigrante.

—Yo lo encuentro todo lo contrario —dije encendiendo un cigarrillo y ganándome con ello algunas miradas reprochadoras de los comensales más cercanos. En Mizar se odiaba el tabaco, pero toleraban mi costumbre—. Lo único que me inquieta es una cosa.

—¿Cuál? —inquirió Manuel, interesado.

—Esta gente carece de experiencia práctica en los contactos con civilizaciones extrañas. Sólo tienen teorías. No me extrañaría nada que tuviéramos problemas.

—Serán suyos y no nuestros.

Pero Manuel Aguian estaba muy equivocado.

CAPITULO III

Marion sí accedió a uno de mis deseos, aunque debo confesar que no fue el que le expuse con más ardor. Cuando le insinué que me gustaría conocer el puente de mando del *Russell-B* enseguida lo puso en conocimiento de Altur, quien accedió de inmediato, aunque especificó:

—Puede estar allí mientras orbitemos alrededor de Espiga, señor Grawman. Apenas iniciemos el descenso deberá recluirse en su camarote. No lo tome como algo personal. Son normas de navegación de mi mundo.

Asentí, dándole a entender que yo podía comprenderlo todo, Manuel y yo seguimos a Marion hasta el puente. Era grande, brillante. Las enormes pantallas murales mostraban ya los contornos del único y enorme continente de Espiga. Una docena de tripulantes de la nave estaban sentados sobre amplias consolas, apretando botones y controlando datos. El comandante lo dominaba todo desde una plataforma que discurría a tres metros de altura. Marion era segunda de a bordo, pero nunca intervenía en la dirección técnica de la nave. Realmente estaba destinada al mantenimiento humano, cuidándose de que la convivencia marchase.

Sentí que Manuel me tomaba del brazo. Me volví y él estaba indicándome en dirección a un rincón del puente.

Observé con asombro al primer miembro no humano de la nave. Yo conocía bastante el espacio como para saber que aquel ser alto, de casi dos metros de altura, delgado y de piel amarillo-verdosa, con ligero rastro en su rostro de apariencia humana, procedía de Lira. No pude explicarme qué hacía entre los mizarianos.

Marion descubrió mi interés por el lirano y explicó:

—Trabaja con nosotros desde hace dos años. Es nuestro técnico en comunicaciones. Los de su raza sólo duermen cada tres meses, con períodos de siete u ocho semanas de descanso. Por sus

condiciones telepáticas en cuanto a percepción de contactos radiales es inapreciable. Se llama Riolh. Puedo presentártelo más adelante.

Miré las pantallas. Empezábamos a romper la órbita y Marion nos pidió que saliésemos del puente. Desde nuestros camarotes podíamos seguir todos los incidentes por medio de los visores allí instalados.

—El contacto será inmediato —agregó, un poco nerviosa.

—¿Qué plan tenéis? —pregunté, mientras nos dirigíamos a la salida.

—Usaremos diversos símbolos de paz, conocidos en todos los tiempos y todas partes, apenas nos encontremos con los aborígenes. Deberán comprender que no deben temer nada de nosotros. Además, Loron estará cerca, aguardándonos.

Noté que sus negros ojos volvían a brillar. Pero ya me encontré fuera del puente, en dirección al camarote. Apenas había tenido tiempo de tomar su mano, apretarla y pedirle que se cuidase.

Aguian me acompañó a mi camarote. Encendimos la pantalla y nos acostamos para presenciar los acontecimientos.

—¿Oíste lo que dijo? —musitó Aguian—. Yo al menos entendí que todos esos locos piensan descender a abrazar a los nativos.

Miraba la pantalla. La nave bajaba a gran velocidad.

El océano pasó por debajo de nosotros, cruzamos la costa y nos adentramos en el continente, dejando atrás bosques y extensos campos incultivados.

—No lo creo —dije al cabo de un rato, después que mi mente madurase el comentario de Manuel y lo rechazase por inverosímil.

—Ojalá sea así. No me gusta quedarme aquí dentro, solo.

—Puedes bajar, en ese caso, con ellos.

—Lo haría bien pertrechado.

—Oh, no. Sólo te dejarían un palo con un trapo blanco atado en su extremo.

El *Russell-B* perdió velocidad, se quedó unos instantes detenido en el aire y la tierra acudió a nuestro encuentro vertiginosamente.

Habíamos descendido.

Dejé de estar tumbado en la cama, sentándome. Nervioso, encendí un cigarrillo. No sabía cuál hubiera podido ser la contestación, pero en aquel momento me dije que debí haberle pedido a Marion que me permitiese acompañarla al exterior.

Ya sabía que Espiga II era casi igual a la Tierra, que no se iban a encontrar con gases venenosos ni fieras carnívoras; pero sí iban a enfrentarse con unos seres, que aunque humanos, eran unos desconocidos, de quienes tenían referencias que siempre estaban en guerra.

Si los mizarianos confiaban en ser tomados como dioses al descender en una dorada nave llameante, estaban equivocados. Yo conocía más de un hecho en el cual una expedición bien armada había sido exterminada por alguna raza, humana o no, con rudimentarias lanzas de piedra.

Al igual que Manuel, llegué a la conclusión que los mizarianos estaban locos. De repente me asaltó una idea y me eché a reír.

Manuel me miró alarmado.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó.

—Somos unos idiotas, amigo.

—¿Por qué?

—Es sencillo. Los mizarianos son, por lo general, telépatas. Pero entre ellos los hay con suficientes poderes paranormales como para dominar a un enemigo armado hasta los dientes animado con el propósito de pegarles un tiro o machacarles la cabeza con una maza. Debí haberlo comprendido. Todos los miembros de esta nave son elegidos por sus poderes porque con ellos pueden defenderse de las agresiones humanas impulsadas por una mente repleta de intenciones asesinas. El único miembro no mizariano, es un lirano, que también posee poderes paranormales.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Sabemos muy poco de Mizar. Esa gente, cuando quedaron aislados, no cayeron en la barbarie porque su constante contacto mental les evitó pelearse entre sí. Siguieron evolucionando por años. Así, cuando de nuevo los terrestres llegaron a Mizar se encontraron con una civilización que les superaba. ¿Te imaginas un montón de científicos pensando a la vez, contándose sus problemas y permitiendo que los más lúcidos los resolviesen? ¡Qué equipo investigador!

—De todas formas bajarán sin armas…

—Nada de eso. Su mejor arma es su mente. Por eso descenderán todos. Juntos formarán una masa invencible en el caso que un ejército se decidiese a atacarlos.

—Lo dudo, de todas formas.

—Claro que pueden hacerlo. Apenas reciban emanaciones agresivas usarán sus dotes mentales de persuasión para convertir a los agresores en amables amigos —asentí—. Sí. Es cierto. Son los únicos que pueden entrar en contacto con un Mundo Olvidado o salvaje y llevarlo felizmente a buen término.

Manuel se encogió de hombros y yo, más aliviado, seguí mirando la pantalla. Podía captar diversas vistas del entorno que rodeaba ahora a la nave, con sólo elegir la cámara de cada lado.

Enfoqué la salida y pude observar que varios mizarianos empezaban a descender por la rampa principal.

Entre ellos vi a Marion, caminando al lado del comandante. Todos sonreían y formaban un estrecho grupo.

Delante de los mizarianos se extendía una amplia llanura, de verdes y altas hierbas. Apenas estaba salpicada por pequeños árboles de grueso tronco rugoso.

Intenté descubrir al llamado Loron. ¿Por qué había faltado a la cita? Aumenté la imagen y capté un primer plano de Marion. Tenía el ceño fruncido, visiblemente preocupada.

Los mizarianos hablaban entre ellos en voz baja. A la vez que mostraban su contento por hallarse sobre la hierba de Espiga, sus rostros tenían una sombra de inquietud.

La imagen iba acompañada del sonido y comencé a notar un rumor. Al principio era algo imperceptible, no identificable. Cesó repentinamente y luego recobró mayor intensidad.

Entonces pude jurar que se trataba del que producían cientos de caballos, de entrechocar de armas, de corazas y crujir de cueros.

—Vamos a ver enseguida a los espíganos —sonrió Aguian, riendo nerviosamente.

Dirigí una mirada a las cajas. Me levanté y saqué un desintegrador, ante la mirada censurante de mi amigo. Pero con su contacto me sentí más tranquilo. Luego las volvería a esconder, pensé.

—Si esas gentes son telépatas, ¿cómo es que no han averiguado que tenemos armas en la nave, en contra de sus ordenanzas?

Me alcé de hombros.

—Qué sé yo. Son demasiado honrados para escudriñar una mente ajena sin previo aviso.

Moví los mandos de la pantalla y usé toda la potencia del telescopio, desbordé el horizonte y conseguí centrar las primeras filas de jinetes.

Era un ejército de hombres sobre poderosas cabalgaduras, cubiertos de acero desde los pies a la cabeza, la cual defendían con cascos imitando facciones terroríficas, coronadas por llamativos plumones. Sus redondos escudos de metal y cuero mostraban extraños emblemas heráldicos. Cada jinete llevaba una lanza, larga espada de ancha hoja, varios puñales, una maza o un hacha. Varios pendones portados por una avanzada de guerreros abrían la marcha, y al frente de ellos cabalgaba un jinete con la cabeza de un león pintada en su pecho de hierro.

—Si esto es un comité de recepción… —musitó Aguian, impresionado.

—Esto no es lógico —mascullé—. Este ejército estaba preparado. Juraría que aguardaba la llegada de la nave.

Miré a los mizarianos. Entre ellos había un movimiento intranquilo, pero no por la próxima llegada de aquel ejército. Parecía que todos estuviesen extrañados ante la ausencia de Loron. El comandante habló y todos los mizarianos formaron un cuadro, tomándose las manos los unos a los otros.

Entonces me percaté que allí no estaba el lirano Riolh.

Los jinetes ya habían aparecido a simple vista. Seguían cabalgando en evidente orden de combate en dirección a la nave, exactamente hasta el grupo de treinta o cuarenta mizarianos. ¿Todos los tripulantes del *Russell-B* excepto el lirano?

Los mizarianos estaban en silencio ahora, mirando al frente, todos muy serios.

Me paseé inquieto por el camarote, sin apartar la mirada de la pantalla, de los amenazadores jinetes que se aproximaban. Estaban ahora a pocos más de doscientos metros y parecían llevar intención de detenerse ante la vista de la gran nave.

Aquello no me gustaba. Los espíganos estaban en un estadio de civilización más o menos al correspondiente a la Edad Media terrestre. Debieron haber transcurrido siglos desde que la última nave estelar partió de allí para no volver más. La historia, en ese tiempo, debió convertirse en leyenda. Por lo tanto, el *Russell-B* debía representar para ellos algo sobrenatural.

Sin embargo, seguían avanzando sin temor, dispuestos a entrar en combate, como si el reluciente metal dorado del *Russell-B* no supusiese para los nativos nada sobrenatural.

Todo ilógico, pensé. Me coloqué el desintegrador en el cinturón y cogí el lanzacohetes.

—Voy a bajar —dije.

—Se pondrán furiosos —protestó Aguian—. Los mizarianos están tranquilos. Sus mentes convertirán en mansos borregos a esos terribles guerreros. Además, ¿dónde dejaste tu convencimiento de hace unos instantes de que los mizarianos podrán dominar la situación?

—Eso pensé antes de ver esos demonios cabalgando. Tú puedes quedarte aquí.

—Cada día te comprendo menos —suspiró Aguian tomando sus armas y siguiéndome al exterior—. Pero al menos no saldremos. Podemos quedarnos en la esclusa de salida, mirándolo todo directamente.

Asentí. Yo quería estar cerca de Marion. Bajamos nerviosamente por los ascensores hasta el nivel donde estaba la salida de la cual partía la rampa.

Los corredores estaban llenos de pantallas, mostrando todas la misma imagen: la aproximación de los cientos de guerreros en sus monturas.

Los emblemas de paz que aludió Marion estaban esparcidos en el suelo, delante y detrás del grupo de mizarianos, que continuaba silente y tomados los unos a los otros de las manos. Marion había quedado atrás, cerca de la rampa.

Escuchamos pasos correr por el pasillo cercano. Nos detuvimos y Riolh apareció. Su poco humano rostro estaba contraído. Al vernos se detuvo, jadeante.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Algo marcha mal —dijo el lirano con su voz nasal.

—¿Por qué no estás con los demás? —inquirió Aguian.

—Mi mente no sirve para una colaboración comunitaria, pero puedo percibir que el esfuerzo en conjunto no sirve. ¡No pueden detener el avance agresivo de los aborígenes!

—Adviérteles —pidió Manuel.

El lirano movió la cabeza con desesperación.

—Imposible. Cuando tienen conectada la mente, dirigiendo todo el poder común hacia un objetivo determinado, no escuchan nada. Sólo se darán cuenta que están a punto de ser asesinados cuando el acero penetre en sus cuerpos.

No escuché más. Corrí desesperadamente. Bajé al siguiente nivel, el de la salida, cuando los primeros guerreros comenzaban a aullar y arremetían contra las filas de mizarianos.

CAPITULO IV

En mi vida había sido testigo de algo semejante.

La escena a la que me enfrenté parecía estar extraída de una antiquísima página de la prehistoria terrestre. Existió alguien llamado Atila, ¿o fue Aníbal?, que arrasó Europa con hordas semejantes a la que estaba atacando al indefenso grupo de mizarianos.

Las lanzas se hincaron en la carne y las mazas claveteadas machacaron cráneos al tiempo que los caballos relinchaban al tirar los jinetes de sus bocados para detener el último galope.

Eran demasiados guerreros para tan pocos contrincantes, la mayoría sin percatarse aún que estaban siendo aniquilados, para que cada cual tuviese su blanco.

Aparecí en lo alto de la rampa cuando la unión mental de los mizarianos había sido rota. Por un momento vi en los ya escasos supervivientes el miedo y asombro reflejados en sus rostros.

Pronuncié en medio de un grito el nombre de Marion y miré por el objetivo del lanzacohetes, apretando el disparador.

La granada estalló en medio de los guerreros que se acercaban por la derecha, dispuestos a cortar la retirada de los mizarianos.

Volví a disparar y conseguí que varios de aquellos locos emprendieran la carrera salvadora hacia la nave. Cuando agoté los proyectiles empuñé el desintegrador, actuando justo a tiempo para evitar que un terrorífico guerrero dejase caer su ensangrentada hacha sobre la cabeza de Marion. Cayó del caballo, que lo arrastró unos metros y sus compañeros pisotearon el cadáver carbonizado.

Tomé a Marion de una mano y la empujé al interior. Ella no me miró. En su contraído rostro había una mezcla de miedo y confusión. Tal vez aún no comprendiese lo que había pasado.

Manuel y el lirano llegaron a mi lado. El humanoide había tomado una de las armas de mi compañero y ambos dispararon,

ayudándome a contener la avalancha de jinetes ciegos que tenazmente pretendían ascender por la rampa.

Un montón de carne consumida, mezclados hombres y caballos, descendió por la pulida superficie. Un mizariano intentó alcanzar la rampa y fue ensartado por una larga lanza. Gritó y el guerrero lo alzó en el aire, arrojándolo detrás suyo.

Disparé y aniquilé jinete y montura.

Entonces me di cuenta que el mizariano atravesado por la lanza era el comandante Altur.

Los mizarianos que habíamos conseguido salvar de la matanza, apenas unos diez, habían desaparecido por los corredores de la nave. Únicamente Marion estaba allí, a unos metros de nosotros y respirando entrecortadamente.

—¡Hay que cerrar esta compuerta y marcharnos de aquí! —le grité volviéndome hacia ella, aprovechando para introducir otro cargador a mi pistola.

Ella sólo se limitó a mover negativamente la cabeza y yo comprendí que no sabía hacerlo o no podía.

Volví al borde de la rampa. Nos atacaban desde todas partes obstinadamente. Algunas flechas empezaron a caer cerca. Aunque podíamos evitar que los guerreros irrumpieran en la nave no podíamos impedir ser alcanzados por sus armas arrojadizas. También la energía de nuestras armas no era ilimitada.

—Hay que marcharse de aquí —dije a Manuel.

—Coge a la chica y ve hasta el ascensor del fondo —me respondió—. Desde allí protégenos la retirada.

El lirano asintió, dando su conformidad al plan de Aguian. No había tiempo para discusiones y, tomando entre mis brazos a Marion, retrocedí hasta el ascensor, metiéndola en la cabina. Al lado había un mizariano muy joven, casi un niño que gimoteaba medio muerto de miedo. También lo agarré y lo empujé dentro.

Entonces me volví y grité a Manuel que corriesen. Hinqué una rodilla y, tomando la pistola con las dos manos, apunté hacia la esclusa.

Cuando Manuel y Riolh pasaron por mi lado, disparé en abanico. Varios guerreros formaron un montón de cuerpos al lado de la entrada. Estaba entrando en el ascensor cuando observé que varios caballos irrumpían en los pasillos, resonando estruendosamente sus

herraduras en el metálico pavimento. Los hombres lanzaban gritos de guerra y blandían sus armas.

La puerta se cerró y respiré un poco tranquilo. Me sequé el sudor con la mano. Miré a Marion.

—Tú conoces esto, muchacha —dije secamente—. Hay que cerrar compuertas, aislar a esos salvajes. También, elevarnos. Luego ya nos ocuparemos de los polizontes que queden.

Marion alzó su par de grandes ojos hacia mí.

—No es posible. No hay gente para tripular la nave.

—Algunos consiguieron escapar. Tal vez estén refugiados en el puente de mando —mascullé.

Las puertas se corrieron. Estábamos en el nivel principal de la nave. Entramos en el puente y su soledad me heló la sangre. Miré desesperado los numerosos paneles con sus luces y miles de mandos. Recordé que Marion no pertenecía al grupo de navegadores.

Usé las pantallas para inspeccionar los diversos niveles. Enseguida empezamos a ver nativos recorrer con sus caballos los pasillos, dando alcance a los indefensos mizarianos. Pronto llegarían hasta allí. ¡Y ni siquiera Riolh sabía cómo cerrar la puerta de acceso del puente! Además, quedarnos allí no significaba la salvación.

—Hay que salir de esta encerrona —dije—. Supongo que existirá algún medio, ¿no?

Riolh asintió.

—Al otro lado del puente hay una salida al exterior.

Fuimos hasta allí. La habitación era pequeña y había un aparato flotador de pequeña cabina semiesférica transparente. Arriba, una compuerta circular cerrada.

—Se usa para las reparaciones exteriores de la nave —explicó Marion—. No podremos entrar los cinco. Es para tres personas.

—Pues nos comprimiremos —dije, abriendo la cabina. Un vistazo al panel y me sentí mejor al ver que desde allí podía abrirse la compuerta del techo. Luego miré en derredor mío, buscando algo que llevarme y que podía servirnos en el hostil mundo exterior que nos aguardaba. Recordé el resto de mis armas dejadas en el camarote y sentí rabia.

Nos metimos en el flotador como pudimos. Riolh se sentó ante los mandos y Marion sobre mis rodillas. Atrás, Manuel y el joven

mizariano estaban tan apretujados que casi no podían respirar.

Pero el flotador pudo con nosotros, nos elevamos y atravesamos la compuerta del techo que Riolh había abierto previamente. Aquel trasto no podía sobrepasar una altura de ochenta metros, pero para mí me pareció más que suficiente.

Nos alejamos de la nave rodeada de nativos. Cuando nos descubrieron galoparon algún rato detrás nuestro, disparándonos flechas que resultaron inofensivas.

El flotador no volaba a más de doscientos kilómetros por hora, tal vez menos con la sobrecarga; pero al cabo de veinte minutos habíamos dejado muy atrás aquel lugar. Delante de nosotros la llanura parecía dejar paso a un terreno más abrupto. Detrás descubrimos suaves colinas cubiertas de los mismos diminutos árboles que salpicaban el terreno llano.

—Tendremos que descender —dijo Riolh—. El motor está recalentado por el peso extra.

Oteamos el terreno y me encogí de hombros. No habíamos visto un alma. Además, el ejército había llegado del Norte y nosotros nos dirigíamos hacia el Este.

Descendimos cerca de un riachuelo. Las riberas estaban llenas de vegetación que podía servirnos para ocultarnos.

Manuel fue a recorrer el terreno y yo me senté sobre una roca, cerca del riachuelo, después de saciar la sed. Observé a Marion beber en el cuenco de sus manos. Saqué mis cigarrillos y encendí uno. Apenas me quedaban una docena y ninguna esperanza de conseguir más.

Riolh dialogaba con el joven mizariano casi en voz baja. No conseguí escuchar lo que hablaban. Cuando regresó Manuel asegurando que no había visto a nadie por las cercanías, pregunté a Marion:

—¿Tienes alguna explicación lógica a lo que ha pasado? Ella estaba abatida, casi avergonzada.

—No, ninguna Sentí pena por ella Hasta entonces había estado furioso porque Marion no había tenido conmigo la suficiente confianza para confesarme que los mizarianos confiaban en dominar la situación gracias a sus poderes paranormales, haciendo desaparecer de las mentes agresivas de los nativos hasta el menor indicio de animosidad. Decidí no recriminarla, porque comprendía

que una parte importante de sus creencias acababan de morir al mismo tiempo que la mayor parte de sus compañeros.

Ella alzó la mirada, mordiéndose los labios.

—No ha debido ocurrir así, Leo, no.

Seguí fumando, rehuyendo sus ojos. En aquel momento ni siquiera di la importancia que días antes hubiera tenido el hecho que ella usase mi nombre de forma tan familiar.

—Sencillamente, os habéis equivocado —dijo al fin.

—Era imposible…

—Ellos sí eran demasiados.

—No, no fue por su número. En otras ocasiones hemos conseguido dominar contingentes hostiles más numerosos.

—Todas las mentes no son iguales.

—Estos nativos son descendientes de humanos, de terrestres.

—Ha pasado un montón de siglos desde que fueron abandonados. Han podido sufrir mutaciones… ¿Por qué sus mentes tenían que seguir manteniéndose igual?

—Apenas los percibimos fueron examinados sus efluvios, Leo. Eran mentes perfectamente maleables. Estoy segura. Por eso formamos el cuadro.

—¿Qué falló entonces?

—Me gustaría saberlo. Apenas, por un breve segundo, percibimos que sus mentes se resistían a nuestros ataques. Todos aquellos hombres estaban concentrados en la idea de destruirnos —se detuvo y añadió—: Pero eso lo comprendimos cuando ya era tarde, cuando estaban encima y comenzaban a matarnos.

—Marion Lucks tiene razón, Leonard —dijo el lirano—. Yo sólo trabajo para esto porque mis condiciones físicas les son interesantes para el trabajo de comunicación —sonrió—. Mi jomada laboral suele durar un mes entero, casi una misión completa en el espacio. No soy un miembro de su comunidad, pero los conozco lo suficiente para poder afirmar que he visto cómo en otros planetas dominaban ciudades con cientos de miles de habitantes, quitándoles todo indicio de hostilidad hacia ellos, hasta que terminaban aceptando su ayuda voluntariamente, convencidos que los mizarianos querían ayudarles desinteresadamente.

Miré asombrado al lirano.

—¿Quieres decir que sólo usan su poder mental al principio del

contacto, que luego los nativos pueden pensar libremente?

Marion me fulminó con la mirada.

—¿Acaso pensabas que sometíamos planetas suprimiendo la voluntad de sus habitantes eternamente?

—Dejemos eso —me encogí de hombros—. Ahora lo importante es pensar cómo salir de este condenado mundo. ¿Qué pasó con ese tipo llamado Loron que tenía que estar para recibirnos?

—No lo sé —replicó Marion, más calmada—. Antes de bajar rastreamos una extensa área sin poder localizarlo. Me temo que le haya podido ocurrir algo.

—Esos salvajes estarán destrozando ahora la nave —dije, tirando el cigarrillo al agua del riachuelo, mirando cómo la suave corriente se lo llevaba—. No dejarán ningún comunicador intacto. Además, lo más seguro es que monten guardia allí durante mucho tiempo, hasta que terminen destrozándolo todo y se lleven los restos para aprovechar el metal y lo que quede intacto para su uso. El *Russell-B* resultará un buen botín de guerra.

—Aún nos queda el comunicador que usó Loron —indicó Manuel—. Tal vez si lo localizamos podamos, entre todos, volverlo a poner en funcionamiento. No olvidemos que Riolh es un técnico en tales cuestiones.

—Tendría que verlo para opinar —dijo el lirano, cautamente.

Marion sacó del flotador las escasas vituallas que llevaba como dotación la nave. Comimos las tabletas en silencio y volvimos a beber agua. Al menos no moriríamos de sed por el momento.

La temperatura era agradable y apenas refrescó al ocultarse el sol. Por supuesto, no encendimos hoguera. El lirano aseguró que aún tardaría semanas en que tuviera que dormir, por lo que se ofreció a estar de guardia toda la noche, lo que le agradecimos profundamente.

Me acosté cerca de Marion, con la pistola cerca de mis manos. Ella la había visto, pero no dijo nada. Pensé que, a pesar de sus profundas creencias, no tenía fuerza moral ninguna para recriminarme que estuviera armado.

Gracias a que había desobedecido las ordenanzas mizarianas estábamos aún vivos.

* * *

Me desperté pronto. El lirano seguía vigilando y me sonrió con su pequeña boca. Cuando los demás estuvieron despiertos repartimos el resto de las tabletas alimenticias a guisa de desayuno y empezamos a discutir lo que podíamos hacer.

Manuel nos demandó silencio y todos prestamos atención.

—Se acerca un caballo —dijo Riolh que tenía entre todos nosotros el oído más agudo—. Lo hace lentamente.

Me pregunté inmediatamente cómo es que Marion y el joven mizariano, llamado Kolder, no había detectado con sus mentes la proximidad del caballo, que sin duda debía tener un jinete.

Luego sabría, que, desde la batalla, Marion y Kolder habían sufrido un trauma que les dejó desequilibradas sus fuerzas mentales.

Nos levantamos y caminamos fuera del improvisado campamento. Todos, excepto los mizarianos, estábamos armados y nos adelantamos. Me alegré que el lirano no comulgase con las creencias de Mizar. Así teníamos un combatiente más.

El jinete se dirigía hacia nosotros conduciendo su caballo sin prisa alguna. El sol naciente estaba detrás de él y no podíamos distinguirlo bien. Llevaba una túnica con capucha verde oscuro y ninguno de nosotros descubrimos que fuera armado.

Cuando estuvo a unos veinte metros descabalgó y caminó despacio.

Entonces vimos que se trataba de un hombre mayor, de piel muy oscura, pero a causa del sol surcada de arrugas sus comisuras.

Nos sonrió y dijo claramente en nuestra lengua, aunque con ciertos giros arcaicos:

—Saludos, seres de las estrellas. Os he estado buscando toda la noche, pero estaba seguro de poder localizaros al fin.

—¿Quién eres? —pregunté, sin dejar de apuntarle.

—Soy Iolos, amigo vuestro.

—¿Por qué eres amigo nuestro?

—Porque lo soy de Loron, ante quien deseo llevaros lo antes posible.

CAPITULO V

No teníamos intención de desprendernos del flotador y decidimos que en él viajaran Kolder y Marion. El chico, una vez restablecido del miedo que sufrió durante el asalto a la nave se encontraba sereno y comprendió las instrucciones del llamado Iolos. Aseguró que sabría seguir el camino desde el aire, mientras nosotros les seguiríamos a caballo.

Iolos tenía otras monturas ocultas un kilómetro más al este, que encontramos enseguida. Por supuesto, ninguno de nosotros habíamos montado anteriormente, pero los animales eran mansos y no hubo el menor problema.

Vimos cómo el flotador se alejaba por el horizonte. Saludé con la mano y confié que Marion me hubiera visto.

Riolh no quiso viajar en el flotador, prefiriendo hacerlo con nosotros. No pude comprender cuáles eran sus razones. Cuando el lirano decidía hacer algo no solía explicar las motivaciones.

Avanzamos por las colinas, yendo Iolos un poco adelantado, mirando fijamente al frente, mientras que los demás solíamos vigilar los flancos y la retaguardia.

Iolos nos sonrió y dijo:

—No temáis. Los dralos no suelen llegar por aquí.

—¿Te refieres a los que atacaron la nave?

—Sí. Ellos tienen su país al otro lado de las llanuras.

—¿Por qué estaban esperándonos?

—No lo sé. Loron está enfermo y me pidió que viniese yo; pero descubrí el ejército y tuve que ocultarme. No tenía ningún medio de avisaros —el rostro de Iolos se nubló—. Lo presencié todo. Fue horrible.

—¿Quiénes son esos dralos? —tenía sed por saber y aquel tipo no parecía muy dispuesto a satisfacerme. Le notaba poco dispuesto a seguir hablando.

—Dral es la nación más poderosa de este mundo. Aunque siempre fueron belicosos, nunca pudimos pensar que desataran una guerra tan sangrienta como ésta.

—Si este país no es el Dral, ¿quiénes viven aquí?

—Estamos en Tarania, pero sus habitantes están refugiados en los montes.

—¿A causa de los dralos?

—Sí —suspiró Iolos—. Hace dos años incendiaron nuestras principales ciudades, arrasaron los campos y mataron a todos los que pudieron.

Estaba anocheciendo. Iolos nos había dicho que llegaríamos donde estaba esperándonos Loron al día siguiente.

—Conozco un sitio donde podremos descansar. Es seguro —añadió.

No volvimos a cambiar palabra hasta que, al caer la noche, avistamos unas ruinas. Se trataba de una antigua casa de campo. Había sido incendiada hacía bastante tiempo, pero sus muros de piedra aún se mantenían en pie. Amarramos los caballos y limpiamos un poco el terreno de los restos de maleza carbonizada que otrora había sido el techo.

—Los dralos cruzaron el país destruyéndolo todo. Luego se retiraron a sus ciudades —dijo Iolos—. Ahora están intentando hacer lo mismo con las otras naciones fronterizas.

Iolos llevaba comida fresca y encendimos fuego después que él dijera que no había peligro de ser descubiertos, puesto que estaba firmemente convencido que los dralos habían regresado a sus territorios.

Pero teníamos la suerte de tener con nosotros a Riolh. Apenas habíamos terminado de cenar cuando el lirano hizo una indicación para que estuviéramos preparados.

Iolos nos miraba sorprendido al ver que empuñábamos nuestras armas y nos poníamos tensos.

Estábamos sentados alrededor de la hoguera, observándonos los unos a los otros al parecer; pero lo que escudriñábamos eran las sombras a nuestras espaldas, al otro lado de los muros en ruinas.

Nuestras monturas pastaban a unos metros. Debían ser animales muy estúpidos que no se sorprendían ante la aproximación de los extraños.

Riolh susurró:

—Son guerreros como los que atacaron la nave.

La mente del lirano había identificado las mismas emanaciones telepáticas que sintiera antes del ataque al *Russell-B.*

Era lo que necesitaba saber para empezar a disparar sin el menor síntoma de remordimiento.

Cuando los dralos empezaron a saltar al interior de las ruinas, blandiendo sus grandes espadas y gritando, nos incorporamos los tres al mismo tiempo y disparamos contra ellos.

Un enorme guerrero saltó un muro y lo alcancé en el aire. Cayó al lado de Iolos convertido en algo nauseabundo. Luego apreté el disparador durante unos segundos, lazando a tres dralos más como si hubieran sido golpeados por un martillo.

Aguian y Riolh acabaron con los asaltantes que intentaron penetrar por los puntos que ellos cuidaron.

Al cabo de menos de un minuto teníamos alrededor nuestro a ocho cuerpos medio desintegrados. El olor era de carne quemada, pero la brisa de la noche se encargaría de limpiar pronto el enrarecido ambiente.

Iolos se levantó del suelo, mirándolo todo horrorizado.

—¡Por los dioses! —gimoteó—. ¿Qué poder es el vuestro? Le miré ceñudo.

—¿Es que Loron no te ha contado nada respecto a las armas? Movió negativamente la cabeza.

—Loron siempre aseguró que sus compatriotas vendrían en absoluta paz a este mundo, a restablecer la armonía entre las naciones.

—Comprendo —asentí gruñendo.

Claro que comprendía que Loron, si había asegurado a los taranianos que algún día llegarían seres como él a aquel mundo, no pudo haberse imaginado que junto a ellos llegarían hombres no mizarianos que portasen la violencia. Claro que si no hubiera sido por nuestras armas, tan odiadas por Mizar, haría muchas horas que hubiésemos caído bajo las armas de los dralos.

Mientras limpiábamos el terreno de restos fui observando a los dralos. Eran hombres robustos, capaces de soportar armaduras muy pesadas. Sólo dos de ellos seguían conservando la cabeza sobre sus hombros, pero tenían los cascos tan sujetos que no pudimos

quitárselos. Los dejamos a unos treinta metros de las ruinas, cerca de donde descubrimos sus caballos, a los que pusimos en libertad.

—Mañana, los animales carroñeros darán buena cuenta de ellos —dijo Manuel.

—Si tienen un abrelatas —sonreí.

Habían quedado cerca de la hoguera algunas armas y las examinamos. Las espadas eran de buen acero templado y muy afiladas. Pensé en guardar algunas. Algún día se nos terminarían las cargas de los desintegradores y con algo tendríamos que defendernos. Cuando lo comenté, Manuel regresó a buscar las fundas de las espadas.

Luego nos dormimos. Lo hicimos muy tranquilos, porque Riolh seguía sin tener sueño. Era una bendición para nosotros el lirano.

* * *

A la mañana siguiente reemprendimos el camino apenas salió el sol y no volvimos a tener incidentes. Entonces me acordé de reprocharle a Iolos que la noche anterior estuviese tan seguro de la ausencia de dralos por los contornos.

—Estoy confundido —dijo, enrojeciendo—. Todo esto es muy extraño. Tal vez Loron tenga las respuestas.

Yo estaba impaciente por conocer a Loron. Marion y Kolder debían haber llegado ya desde el día anterior al lado mizariano que descubrió la existencia de Espiga II.

Repentinamente, llegó a mi memoria que Marion solía hablar de aquel hombre con marcada vehemencia. Me pregunté qué significaba para la muchacha. Terminé encogiéndome de hombros y preocupándome del paisaje. No quería volver a ser sorprendido de nuevo por más grupos de dralos.

Las colinas se transformaron en montes. Vadeamos tres ríos y entramos en un valle. Percibimos la humedad, la exuberancia de su vegetación. Comenzamos a ver gentes que desde la espesura nos observaba con curiosidad. Abundaban las mujeres y niños. Algunos hombres, con herramientas campesinas en las manos salieron a la vereda y saludaron a Iolos, pero sin acercarse a nosotros.

—¿Por qué los dralos no han atacado este valle? —pregunté.

—Ignoran su existencia —fue la contestación escueta de Iolos.

Nos cruzamos con un grupo de hombres que llevaban espadas pendientes del cinto y lanzas en las manos. Iolos no los saludó.

Sin embargo, a mí me cayeron bien y les dirigí una sonrisa. Entonces, aquellos hombres empezaron a cuchichear entre sí, señalando las espadas dralas que habíamos capturado.

Llegamos a un claro donde se levantaban algunas chozas construidas con troncos. En medio jugaban grupos de niños. Al verme llegar, las madres los cogieron y llevaron a las casas.

Atamos los caballos delante de una edificación mayor que las demás. En la puerta estaban sentados algunos ancianos que, al vernos, se levantaron respetuosamente. Me pregunté si lo habían hecho por nosotros o por Iolos.

Marion salió a recibirnos. Parecía contenta de volvernos a ver, nos tomó de las manos y yo creí que las mías las apretó más que ninguna. Nos introdujo en una habitación. Allí estaba el joven. Kolder sentado a la cabecera de una cama.

El hombre que yacía en la cama era, sin duda, Loron.

Nos sonrió débilmente, alzando la mano derecha como saludo. Era de mediana edad y calculé que debía ser muy alto y también, antes de caer enfermo, corpulento y bronceado por los soles naturales.

Ahora estaba delgado y pálido.

—Es Loron —dijo Marion—. Loron, tú ya conoces a Riolh. Los otros son Leonard Grawman y Manuel Aguian. Eran pasajeros nuestros, terrestres. Bueno, ya te lo expliqué todo anoche.

Loron nos estrechó las manos.

—Gracias por haber salvado a Marion y Kolder —dijo con quebrada voz—. Siento tanto lo que ha pasado…

Cerró los ojos y apretó los labios, guardando silencio.

—Se considera culpable de todo —dijo Marion—. Ha pasado mala noche. Apenas ha dormido después que le narré lo sucedido.

—Aunque él hubiera ido en lugar de Iolos no habría conseguido evitar la matanza —dije.

—No es eso —Marion movió la cabeza, como si quisiera apartar de su mente las sangrientas escenas ocurridas en el *Russell-B*—, Estuvo muchos meses intentando reparar el comunicador que está en la habitación de al lado. Estaba ansioso por decir al

CILMO
que en Espiga necesitaban nuestra ayuda. No era tanto su interés en ser rescatado como en evitar la guerra que estaba desarrollándose.

Loron abrió los ojos.

—Así es. Estaba seguro que la actuación de nuestro grupo haría que la sangre dejara de manar en este conflicto estúpido. Pero me equivoqué. Nuestra técnica no sirve aquí. ¿Por qué motivo? —se encogió de hombros—. Tal vez nunca lo sepamos. Pero la realidad es que muchos de nuestros amigos han muerto, la nave destruida y sin posibilidad de informar al Centro Supremo del
CILMO
, para que no envíen otra dotación a una muerte segura.

—Quiere decir —intervino Marion— que cuando pase cierto tiempo y en Mizar no tengan noticias de nosotros enviarán otra expedición, que caerá en la misma trampa que nosotros padecimos.

—Riolh es especialista en comunicaciones —dije—. Tal vez pueda volver a reparar el comunicador.

—Lo miraré luego —aseguró Riolh.

Un anciano entró en el dormitorio seguido de Kolder, que sostenía una bandeja con una taza humeante.

—Loron necesita descansar ahora —dijo el anciano—. Más tarde podréis volver a hablar con él.

Marion asintió y salimos todos fuera. Allí, la chica explicó:

—Ha estado muy grave.

—¿Qué tiene?

—Fue herido durante la retirada de la población taraniana. La herida se le infectó. Eso ocurrió después de avisarnos dándonos las coordenadas para la cita. Ha estado muchos días luchando entre la vida y la muerte. Pero los que le cuidan supieron hacerlo bien. No obstante, anoche le apliqué unas medicinas de las que lleva el botiquín del flotador. Confío que se reponga ahora más rápidamente.

Miré tristemente el último cigarrillo que me quedaba y lo encendí. Aspiré el humo con atención, consciente que tardaría mucho en volver a fumar.

—¿Qué pasa en Espiga realmente?

—Loron no ha tenido mucho tiempo para contármelo todo; pero sé lo bastante de esta situación. Cuando la nave de Loron llegó aquí estaba comenzando la guerra. Inesperadamente, los dralos atacaron

los puestos fronterizos de Tarania, aunque sin propósitos de invasión.

»Los taranianos habían acogido hospitalariamente a Loron y él, mientras luchaba por reparar el comunicador, les contó cosas de Mizar, de las ideas que anima al CILMO. Les dijo que Espiga volvería a ser un planeta lleno de paz cuando él consiguiera decir a los suyos que aquí necesitaban ayuda.

»Consiguió convencer a muchos que se debía concertar la paz con Dral, no combatirles. Los que no le hicieron caso marcharon a la frontera convencidos que la única forma de detener el avance de los dralos era venciéndoles en el campo de batalla.

»Pero los dralos, que siempre se distinguieron por su fiereza, estaban poseídos de un ansia de destrucción que los más viejos no recordaban. Los dralos eran incansables, luchaban hasta morir, aunque estuviesen heridos. Resultaban invencibles. Los guerreros taranianos empezaron a flaquear y se retiraban, dejando que las primeras ciudades fuesen cercadas primero y luego destruidas. Pocos meses después sobrevino la derrota. Pero Loron seguía contando con adictos que confiaban en él.

»Los que pudieron se salvaron en este valle. Aquí consiguió Loron reparar por fin el comunicador y, deficientemente, pedir ayuda. Por supuesto, no tuvo tiempo de contar todo lo que había sucedido, pero por su mente nunca pasó la sospecha que los dralos fueran capaces de resistirse al ataque mental de un grupo de nosotros.

—Eh, un momento —exclamé—. Cruzando el valle he visto grupos armados. ¿Es que esta gente está abandonando sus creencias pacifistas?

—Casi ninguno de los primitivos adictos de Loron ha desertado. Los hombres armados son antiguos guerreros que consiguieron escapar con sus familias. Los jefes amigos de Loron, tras consultarle, decidieron admitirles siempre que no realizasen actos que atrajesen la presencia de los dralos.

—Entiendo. Al menos no todos los taranianos son estúpidos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Marion, mirándome con reproche.

Me enfadé tanto que tiré el cigarrillo a medio consumir, de lo

que me arrepentí enseguida.

—¿Pero es que todavía sigues creyendo que esta guerra entre espíganos terminará gracias a vosotros, a vuestras tontas ideas y creencias? Durante muchos años habéis estado convencidos de ser capaces de hacer las cosas a vuestra manera, hasta que habéis llegado aquí, a un verdadero mundo olvidado, con gente que no se somete a vuestros ataques mentales y siguen pensando como ellos quieren. Es hora de que volváis a la realidad. Si Riolh puede arreglar el comunicador debes pedir al CILMO que envíe naves que nos saquen de aquí, dejando a los nativos que se las arreglen como puedan.

—Oh, Leo —masculló Marion—. No te olvides de decir que deberíamos arrojar unas bombas antes de marcharnos.

—Si yo hubiera visto morir a docenas de amigos míos no dudaría en hacerlo —grité y me retiré.

Marion ahogó un gritito de ira y la escuché dar una patada en el suelo. Me fui en busca de Riolh y Aguian.

CAPITULO VI

Después de saber que Riolh dudaba mucho en volver a poner en funcionamiento el comunicador, estaba más decidido que nunca a llevar a cabo mi plan, el cual únicamente conocía Manuel.

Loron consiguió levantarse dos días más tarde. La medicina mizariana había terminado por borrar los restos de la infección. Comía con apetito e incluso recobró mejor aspecto.

Pero lo único que Marion le permitía era salir fuera de la casa y sentarse en una silla a tomar el sol.

—En el valle viven algunos miles de refugiados —dijo Loron—. Es posible que otros muchos estén vagando por las estepas, pero al no estar organizados como nosotros terminarán desapareciendo. Es lamentable no poder ayudarles.

—¿Por qué Tarania no recibió ayuda de otras naciones cuando fue atacada por los dralos? —pregunté. Marion estaba sentada al lado de Loron y, por su aspecto, todavía parecía no habérsele pasado el enfado conmigo.

—Existe otra nación, no tan poderosa como Tarania, llamada Isam. Las demás son apenas unas tribus que viven del pastoreo y pequeño comercio con las tres naciones —sonrió Loron tristemente y añadió—: Ahora no existe ninguna relación comercial. Sólo Isam resiste a Dral, pero apenas tiene ejército para impedir la invasión. Según los rumores, actualmente las fuerzas drales están hostigando las fronteras isamitas. Antes de unos meses todo este continente les pertenecerá.

—No lo comprendo —dije, moviendo la cabeza de un lado para otro—. Durante siglos, desde que fueron abandonados en Espiga, estos hombres nunca tuvieron tantas apetencias de conquista como ahora. ¿Por qué? El continente es enorme, sobre el terreno.

—Esa pregunta me la he formulado cientos de veces, señor Grawman. Me gustaría encontrar la respuesta.

—Tal vez yo la tenga dentro de pocos días —dije.

Como en algún momento tenía que contarles lo que pretendía hacer porque antes debía pedirles prestado el flotador, expuse en aquel momento mi plan. Manuel estaba a mi lado y asentía mientras yo hablaba.

—Eso es una locura —saltó Marion—. No conseguirás salir vivo si vas al país de los dralos. Te matarán.

Ella sabía que Manuel iba a acompañarme, pero sin embargo sólo parecía importarle yo. Me sentí un poco vanidoso, al tiempo que Loron gruñía entre dientes y sonreía comprensivo.

—Nos disfrazaremos como dralos. Conseguiremos las armaduras cerca de una casa abandonada donde matamos algunos hace tres días.

—De todas formas es arriesgado —dijo Loron—. ¿Qué se puede ganar con ello?

—Ustedes están interesados en saber por qué el poder mental combinado del grupo de tripulantes del *Russell-B* no dio resultado. Yo también empiezo a estarlo y quiero conocer la explicación. Además, también podemos entrar en contacto con los isamitas, solicitar su ayuda o pedirles que nos den hospitalidad mientras llega la ayuda mizariana. Si la nave de Mizar aterriza en territorio seguro, sin dralos por los alrededores, podemos evitar una repetición de lo sucedido con el *Russell-B*.

Loron no respondió. Parecía convencido con mis argumentos.

—Me hubiera gustado acompañarles —dijo al cabo.

—Ni estando en condiciones —repliqué—. Sus creencias le impiden empuñar un arma y nosotros, es seguro, nos veremos obligados para defender nuestras vidas. Además, el flotador volará más rápido con sólo dos personas.

—¿Cuándo tienen pensado marcharse?

—Esta misma noche. Viajaremos más seguros en la oscuridad.

—Vayan primero a Isam. Por los jefes de tribus que viven en el valle conozco algunas de sus costumbres y las situaciones de sus principales núcleos urbanos. Por ejemplo, su jefe principal se llama Darmon y tengo entendido que es muy inteligente…

Marion se levantó y se perdió entre la espesura, por detrás de la casa. Yo la seguí con la mirada, resistiendo mis deseos de seguirla. Tuve que quedarme, escuchando con Manuel las explicaciones

referentes a Isam que poseía Loron.

Al cabo de un rato me despedí balbuciendo una excusa y corrí detrás de Marion. La alcancé al otro lado de un macizo de árboles enanos. Estaba vuelta de espaldas y se volvió al escucharme caminar sobre las hojas secas.

—¿Por qué arriesgas la vida? —me preguntó de sopetón.

—Estoy metido en esto, aunque vuestros ideales me importen un comino —dije, y enseguida me arrepentí de ser tan brusco—. Bueno, lo que yo pretendo es que no sufras daño, sacarte de aquí.

La tomé en mis brazos, atrayendo su pecho contra el mío. Ella me miraba fijamente a los ojos y yo bajé mi mirada hasta sus labios, húmedos y atrayentes.

La besé. Al principio me molestó su pasividad. Pero mis caricias hicieron que ella me abrazase y respondiese como yo había estado esperando tanto tiempo.

Caímos de rodillas sobre el lecho de hojas y lentamente me incliné sobre ella, sin dejar de besarla.

Después, relajados ambos, acariciaba los largos y negros cabellos de ella. Tenía la cabeza en mi regazo y me sentía feliz.

Sólo el pensar que la noche estaba llegando, que Manuel debía estar buscándome para terminar los preparativos de la partida, me irritaba. Iba a dejar de ver a Marion, precisamente ahora, por unos días. O para siempre si algo me impedía volver. Pero me sentía con más deseos que nunca de salir con vida de aquella aventura a la que iba voluntariamente.

Ella se vistió y dijo:

—Tengo que volver. Loron necesita recibir la medicación.

Súbitamente recordé algo que desde hacía unos días había querido preguntarle:

—¿Qué es Loron para ti?

Ella ya caminaba, se detuvo y respondió sin volver la cabeza:

—Digamos que fue mi esposo. Rompimos hace tiempo, pero sufrí mucho cuando me enteré que su nave exploradora se había perdido.

—¿Estáis divorciados? —pregunté con voz estrangulada.

—En mi mundo simplemente las parejas deciden separarse, sin más. Cuando me enteré que aún vivía en Espiga, esperando ser rescatado y a la vez lleno de orgullo por poner un Mundo Olvidado

bajo la custodia del
CILMO
…

—Aún le sigues queriendo, ¿no?

—No es eso. Pero el afecto no se esfuma así de sencillamente. A bordo del *Russell-B*, con tu asedio, Leo, hiciste que las dudas volvieran a mí.

La tomé del brazo, obligándola a mirarme, pero con suavidad.

—Quiero que me digas sinceramente si aún queda algún rescoldo del viejo amor. Yo lo comprendería.

—Supongo que no. Pero Loron me insinuó algo cuando me vio de reanudar lo nuestro… Yo… Estaba tan grave entonces que no me atrevía a decirle nada que pudiera dañarle.

—Entiendo —dije, y la dejé marchar.

Volví al poblado por otro sitio, buscando frenéticamente a Manuel. Quería marcharme cuanto antes.

Pero para también regresar pronto.

* * *

Todavía recordaba la mirada de Marion cuando el flotador ascendió aquella noche en medio de las hogueras que los nativos habían encendido para tal acontecimiento. Creo que casi todo el valle acudió para volver a ver navegar en el aire la pequeña navecilla.

Ya sucedió un acontecimiento cuando, arribaron Marion y Kolder hacía unos días. La noticia de nuestra marcha se propagó por todo el valle y la partida constituyó un acontecimiento.

Nos alejamos del valle. El flotador casi alcanzaba los ciento cincuenta kilómetros por hora al estar tan ligero de peso. Charlé un rato con Aguian, comentando las peculiaridades de aquel mundo.

Espiga II pertenecía a la estrella del mismo nombre. Sólo había otro planeta en el mismo sistema planetario, llamado Espiga III. El primer mundo apenas era ya una masa de rocas que orbitaban muy cerca del sol. Algún día terminarían cayendo en él, como ya lo habían hecho la mayoría de sus hermanas. Tal vez hacía millones de años constituyó un planeta.

Cuando los humanos llegaron a Espiga II encontraron un buen planeta para ser colonizado. No existían animales mayores y nada hostil a ellos. En cambio, Espiga II era un mundo grande, con una gravedad intolerable y repleto de reptiles capaces de sobrevivir en un ambiente tan gélido ocasionado por la lejanía del sol. Los colonos de la Primera Era, cuando el desarrollo del Gran Imperio, ni siquiera descendieron en el planeta de hielo habitado por reptiles gigantescos.

Espiga II retrocedió cuando las naves del Imperio dejaron de visitarlo. Carentes de medios, regresaron a la edad de hierro y en ella se habían mantenido durante siglos, llegando a olvidar, como otros tantos otros mundos semejantes, su origen y la técnica que una vez disfrutaron.

El único y gran continente de Espiga II estaba dominado en sus dos terceras partes por los dralos, que se extendían desde el sur hasta la costa norte. Los isamitas vivían en el oeste y Tarania en el este, hasta las costas orientales. Alrededor de estas tres naciones, existían cientos de pequeñas tribus que nunca quisieron integrarse en ninguna de las grandes comunidades.

Ahora, esas tribus estaban siendo exterminadas por los dralos, quienes, era fácil de adivinar, ya estaban pensando en hacer con Isam lo mismo que habían hecho con Tarania.

—No es lógico que este afán de conquista haya ocurrido al cabo de tantos siglos de una coexistencia un tanto pacífica entre esta gente —comenté—. Lo curioso es que a raíz de la llegada de Loron, más o menos, estalló la guerra.

—Loron asegura que ya existía cuando él arribó —recordó Manuel.

—Tal vez confundió unas escaramuzas con una guerra total. El caso es que el conflicto alcanzó su mayor virulencia a las pocas semanas de él llegar.

—¿Dónde tuvo su primer contacto?

—Después de visitar Espiga III durante unos días decidieron echar un vistazo a este planeta. Durante el viaje sus compañeros enfermaron de algo extraño. Todos ellos eran muy jóvenes, apenas unos cadetes del

CILMO

. Solo, Loron no pudo evitar el accidente en el que encontraron la

muerte los afectados.

»Fue socorrido por dralos, que no mostraron entonces ninguna hostilidad. Recogió el averiado equipo de la nave y dejado allí porque los dralos se marcharon a informar a sus jefes. Entonces se presentó una patrulla de Tarania que se ofreció a conducirlo a la capital de este país. Como los dralos tardaban, Loron accedió, dejando allí los restos de su nave y después de enterrar a sus compañeros. Bueno, el resto ya lo sabes.

—Todo esto es muy extraño —suspiró Manuel—. Confiemos en encontrar una respuesta pronto.

Cuando estábamos cerca del lugar donde fuimos atacados por los dralos en la casa en ruinas, tuvimos que tomar altura rápidamente.

Un numeroso ejército dralo avanzaba lentamente, pero con decisión, por la llanura.

—Se dirigen hacia el valle; pasarán muy cerca de las ruinas —dijo Manuel.

—No parecen tener mucha prisa —dije, frunciendo el ceño.

—¿Volvemos?

—No. Tenemos tiempo de llegar hasta territorio isamita. Quiero saber si los dralos han desistido por el momento de atacar Isam porque temen hacerlo antes de que aún queden tararnos al este.

—¿Entonces nuestro plan de mezclarnos con los dralos vistiendo sus ropas?

—Ya no podremos aprovechar la de los muertos que dejamos en las ruinas —sonreí—. Además, maldita sea la gracia que me hacía ponerme algo que apesta a muerto. Pero no te preocupes. Seguramente veremos patrullas desperdigadas por la retaguardia. Conseguiremos arreos bélicos dralos.

El ejército dralo estaba compuesto por más de veinte mil hombres, todos a caballo. Levantaban una gran nube de polvo, que casi ocultaba los cientos de carretas que marchaban al final con las provisiones y pertrechos de reserva. Al parecer no fuimos descubiertos. Si algún dralo nos vio, como volábamos tan alto, debió confundirnos con algún ave.

Encontramos patrullas que vigilaban los flancos y retaguardia, pero eran muy nutridas.

Hubiera sido un suicidio intentar atacarlas.

Hora y pico después, con el ejército prosiguiendo su marcha

hacia el este, pasamos por dos grandes ciudades dralas y algunos pueblos. Con los prismáticos las observamos. Apenas si quedaban las mujeres, niños y ancianos. Ni un solo hombre armado.

—Estos dralos deben estar locos —mascullé—. No creo que hayan dejado apenas defendidas las fronteras con Isam. Corren el riesgo de ser atacados por sorpresa. No lo veo claro.

—Dral quería aniquilar a Isam antes de dedicarse a exterminar los núcleos de fugitivos de Tarania —dijo Manuel—. ¿Por qué ese cambio de plan?

Cuando estábamos cerca de la frontera con Isam descendimos para descansar un rato. Aprovechamos aquel momento para comer algo, también.

El sol estaba en el cénit, pero no hacía demasiado calor. Decidimos proseguir el viaje al cabo de una hora. Durante un rato discutimos acerca de nuestro inminente contacto con los isamitas. Si la nación aún existía confiábamos en que no nos costaría mucho localizar a su jefe Darmon. Una alianza con los isamitas en tales circunstancias podía ser preciosa.

Escuchamos imprecaciones lejanas. Nos arrastramos por el suelo y nos asomamos por entre los matorrales. Ladera abajo discurría un camino de tierra. Tres hombres, guerreros dralos por sus indumentarias, fustigaban un enorme animal, medio elefante y medio asno. Estaba cargado con fardos y se resistía a seguir caminando.

Los dralos estaban llenos de polvo, como si hubieran caminado muchas millas sin descanso. Más bien parecían fugitivos de alguna batalla.

Manuel y yo nos miramos. Delante nuestro estaba lo que habíamos estado buscando. Atraque nuestro propósito era entrar en el país de Isam, aquellas ropas y armaduras podían sernos útiles en el regreso para mezclamos entre las tropas invasoras de Dral y averiguar sus intenciones.

Uno de los dralos estaba herido. Llevaba su brazo izquierdo sujeto por un pañuelo atado al cuello. Por las plumas de su casco parecía ser un oficial e increpaba constantemente a los otros dos. De vez en cuando miraba hacia la senda, como si temiera ver aparecer enemigos de un momento a otro.

Silentes, Manuel y yo bajamos por la ladera. En una mano

teníamos las espadas y en la otra las armas desintegradoras. Fuimos descubiertos cuando estábamos a unos tres metros de los dralos. El oficial gritó y los dos hombres empuñaron sus grandes espadas, arremetiendo contra nosotros.

No queríamos estropear las armaduras con nuestros disparos desintegradores y paramos los golpes con nuestras espadas. Tanto Manuel como yo habíamos practicado esgrima en varias de sus formas hacía tiempo y las lecciones no las habíamos echado en olvido.

Los dralos estaban bastante cansados, pero eran fuertes y lucharon ardorosamente. Yo intenté decirles que no queríamos hacerles daño, que depusieran las armas y nada les ocurriría.

Pero estaban como sordos y nos obligaron a emplearnos a fondo.

Aguian describió un molinete y hundió la hoja de su espada en el costado de su contrincante. El infeliz cayó sobre el polvo aullando de dolor. Mi oponente no pareció afectado por la muerte de su compañero. Desvié su espada y lancé la mía, en punta, hacia su cuello. El acero le penetró en la garganta entre el peto y el casco. Se desplomó sin exhalar un quejido. Manuel y yo nos sonreímos, satisfechos por nuestra victoria. Nos guardamos las pistolas, y cuando quisimos volvernos para prestar nuestra atención al oficial, que no considerábamos peligroso a causa de su brazo herido, le vimos tensar un arco.

Nunca pude saber a cuál de nosotros dos iba dirigida la aguzada punta de la flecha. Cuando creíamos que el oficial iba a soltarla, algo silbó por encima de nuestras cabezas y en el acerado pecho del dralo surgió una larga asta de madera, que lo derribó de espaldas al suelo.

Nos volvimos y nuestras manos se deslizaron hacia las pistolas. Ya estaban empuñadas cuando dejé caer la mía en la funda, haciendo un gesto a Aguian para que depusiese su actitud defensiva.

Por el sendero y la ladera habían aparecido unas docenas de guerreros a pie. Llevaban largas lanzas con banderines azules. No parecían dralos. Sus armaduras eran plateadas, con incrustaciones en oro. Tampoco sus cascos eran tan terroríficos como los de los dralos.

Un jinete apareció de detrás de los soldados. Su larga capa azul

casi se arrastraba por el polvo. La celada de su casco estaba alzada y vimos un barbudo rostro rubio. Nos alzó la mano como si quisiera damos a entender que nos consideraba amigos. Luego, ayudado por uno de sus guerreros, descabalgó.

Caminó hacia nosotros lentamente. Se llevó las manos a la cabeza y se sacó el casco emplumado. Nos sonrió y dijo en aquel lenguaje arcaico, que a veces nos costaba tanto trabajo entender:

—Habéis sido afortunados. Me satisface no haberme precipitado al ordenar que os matasen.

—¿Por qué teníais que matarnos? Si vosotros sois isamitas no somos enemigos vuestros —dije, acariciando la culata de mi pistola —. De todas formas, gracias por haber impedido que el oficial dralo disparase su arco.

—Os vigilábamos desde hace unos minutos. Supusimos que erais dralos, pero cuando aparecieron esos tres por la senda y los atacasteis, comprendimos nuestro error. Sin embargo, estáis muy lejos de Tarania para ser de allí.

—Sabemos que estamos cerca de Isam; y nos sorprende que vosotros seáis isamitas, aunque nos alegremos por ello. Precisamente, nos dirigíamos hacia vuestro país.

—¿Para qué? —preguntó el caballero isamita. Si se había dado cuenta que yo no admití ser de Tarania lo disimulaba.

—Sabemos que es difícil, pero queremos ver al jefe Darmon.

El isamita rió fuerte, mostrando una dentadura grande y blanca.

—Por los dioses que sois afortunados. Hoy es vuestro día de la suerte. Yo soy Darmon.

CAPITULO VII

Nos sentamos sobre el suelo, a la sombra de los árboles y al pie de la ladera. Observamos como docenas de isamitas pasaban por delante nuestro, a paso ligero, para ocupar posiciones al otro lado de unas colinas que se levantaban a unos doscientos metros.

Un criado trajo una jarra de barro conteniendo vino, llenó unas copas y bebimos.

—Es el mejor vino de todo el continente; el de Isam —dijo Darmon chasqueando la lengua—. A veces pienso que los dralos se han vuelto locos porque quieren conquistar nuestro país por el mero hecho de apropiarse de nuestros viñedos.

Manuel me miró y se encogió de hombros, pero Darmon captó su gesto y se apresuró a decir, haciendo desaparecer su sonrisa por un gesto sombrío: —A veces tengo necesidad de bromear, para olvidarme de la locura que asola nuestro mundo, Ahora quiero que me contéis lo que deseáis de mí.

—Venimos de oriente, de los últimos valles que aún no han saqueado los dralos. Allí están refugiados los supervivientes taranianos. —Yo estaba en un mar de dudas. Ignoraba lo que aquel hombre, de aspecto inteligente empero, podía llegar a creer. No podía olvidar que me encontraba en un Mundo Olvidado, conversando con una persona que nunca había visto una nave, un arma moderna o cualquier instrumento procedente de la civilización. Seguramente, Darmon podía confundir sencillamente los términos, tomar por algo sobrenatural el más simple acto en nuestra vida cotidiana. Y, por ende, reaccionar violenta e inesperadamente.

Sin embargo, Darmon me sorprendió. Señaló nuestro flotador medio oculto entre los árboles.

—Pero no sois taranianos, amigos. Habéis llegado hasta aquí volando en esa máquina. Vamos, quiero que me contéis toda la

verdad.

—¿No te sorprende? —pregunté—. En absoluto. —Darmon cogió una brizna de hierba y se la puso entre los labios—. Cuando me contaron, hace unos tres años, que una nave procedente de las estrellas cayó entre las fronteras de Dral y Tarania recordé los viejos libros que leí en mi juventud. Viejos instructores me habían mostrado el camino para entenderlos. Ellos decían que se trataba de la vieja mitología de nuestro planeta, pero yo siempre encontré en los arcaicos relatos algo de verosimilitud. Siempre estuve firmemente convencido que las luces que brillan en la noche, diminutos puntitos, tienen planetas como éste alrededor, y con gentes como nosotros en su superficie.

»Nuestra leyenda dice que algún día llegarán hombres de las estrellas para ayudarnos a volver al hogar de nuestros antepasados. ¿Por qué no puede estar sucediendo ya? Hasta Isam llegaron relatos acerca del hombre de las estrellas que vivía con los taranianos. Ese hombre, llamado Loron, predicaba la paz y repudiaba la guerra. Quien alega tal cosa no puede ser malo, pensé entonces. Luego llegué a la conclusión, que si un ser de las estrellas había llegado era muy sencillo que otros más le siguiesen.

»Pero tuve que olvidarme de todas estas esperanzas cuando los dralos parecieron volverse locos. Es cierto que meses antes de la llegada del hombre de las estrellas estaban un poco belicosos, pero yo había sostenido entrevistas con sus jefes y estábamos a punto de firmar una larga paz. De súbito se olvidaron de todos los pactos y se lanzaron a la guerra. Inesperadamente, en contra de lo que temía yo y mis consejeros, se lanzaron contra Tarania.

—¿Por qué no atacasteis a los dralos cuando éstos destruían Tarania? —pregunté—. Entonces hubiera sido fácil vencerlos…

Darmon esbozó una sonrisa: —Es cierto. Cometimos ese error. Nos limitamos a defender nuestras fronteras, tal vez pensando que con Tarania los dralos tendrían bastante. Nunca me gustó la guerra, También, mis consejeros y yo decidimos que la presencia de Loron podía hacer que el conflicto cesase. Pero el ser de las estrellas nos defraudó. No parecía tener mucho poder. Nos olvidamos de él y nos dedicamos a observar cómo Dral conquistaba, una tras otra, las ciudades taranianas.

—Pero hace poco tiempo los dralos empezaron a concentrar sus

tropas en las fronteras con Isam, ¿no es cierto?

—Sí. Pero hace pocos días, sorprendentemente, empezaron a retirar tropas, abandonando todos los fuertes fronterizos.

—Ahora se dirigen hacia el este, en dirección a los valles donde, viven los restos de la nación Tarania —anuncié.

—Lo sabemos.

Fruncí el ceño. Darmon añadió:

—Tenemos nuestros espías que se internan en territorio dralo. He perdido muchos hombres, pero siempre he estado bien informado.

—¿Por qué no atacas, limitándote a penetrar tímidamente en territorio dralo?

—No me fío, amigo. Mi primer deber es defender a mi pueblo de esos locos. Mientras estén avanzando hacia el este no tengo que temerlos.

—Pero se volverán contra ti.

—Adivino que quieres que envíe mis ejércitos detrás de ellos, ¿no?

—Es la única posibilidad de evitar la aniquilación de Tarania. Si no lo haces ahora sólo habrás conseguido ganar unos días, semanas quizá. Cuando los dralos lleguen hasta la costa este, después de haber degollado hasta el último taraniano, se volverán contra tu país.

—Eso está por ver. Los dralos, desde hace años, no actúan con lógica. En todo caso, quedarán más debilitados al término de su campaña. Mi ejército no es tan poderoso como el de ellos…

—Los dralos no encontrarán apenas resistencia. En los valles la mayoría de los refugiados son adictos a Loron, que no cesa de predicarles la no violencia. Morirán sin alzar una espada, excepto los pocos guerreros que no escuchan a Loron.

Darmon nos miró inquisidor.

—Sin embargo, vosotros no dudáis en matar. Os vi atravesar con espadas de Dral a los dralos, derramar su sangre.

—No todos los hombres de las estrellas somos igual que Loron.

El jefe isamita se quedó pensativo. Su mirada descendió hasta nuestras pistolas. Las señaló.

—También los viejos relatos cuentan que nuestros antepasados disponían de medios para causar grandes destrucciones a distancia.

¿Vosotros sois poseedores de tal poder dentro de esas relucientes y pequeñas empuñaduras?

Asentí precavidamente. Darmon podía sentir inesperados deseos de apropiárselas…, aun sin nuestro consentimiento.

Entonces le conté cómo habíamos llegado nosotros, la forma en que fueron sorprendidos los confiados mizarianos cuando se presentó un ejército dralo. Terminé explicando la manera en que escapamos y nuestra reunión con Loron.

—Los amigos de Loron no enviarán otra nave hasta dentro de algún tiempo, y como no disponemos de medios para advertirles, llegarán seguros de sus poderes mentales. Caerán en la misma trampa que los primeros mizarianos.

Darmon se mostró muy interesado en conocer los poderes mentales de los mizarianos. Con paciencia le narré todo cuanto sabía, haciendo constar que la gente de Mizar era totalmente desinteresada, que sólo le guiaban buenas intenciones a su llegada al planeta.

El jefe isamita se levantó, tomó su emplumado casco y nos hizo señas para que le siguiéramos ladera abajo. Algunos guerreros le siguieron. Caminamos hasta donde estaban los cuerpos de los dralos. Los isamitas sólo habían tomado las espadas. Yo me extrañé un tanto que no cogiesen, como botín, las armaduras. Ni siquiera los habían registrado para arrebatarles las monedas de plata que debían poseer y que circulaban en todo el continente.

—Esperad un momento —dijo Darmon. Gritó una orden y un isamita acudió corriendo.

Llevaba una botella de metal que entregó a su jefe.

Darmon se arrodilló junto al oficial dralo que aún tenía clavada la lanza en el pecho. Desenroscó el tapón de la botella y con una rama gruesa volteó el cuerpo, colocándolo de espaldas. Entonces derramó sobre el cuello del oficial una buena cantidad de un líquido brillante como la plata, que resbaló y formó infinidad de bolitas en el polvoriento suelo.

Manuel me miró y no necesitamos hacer ningún comentario para decirnos que aquel líquido era mercurio.

Alrededor nuestro se había formado un corro de soldados y varios oficiales con sus bandas amarillas sobre la coraza pectoral. Todos estaban en silencio, como si estuviesen aguardando algo.

Darmon no cesaba de mirar el cadáver de su enemigo. Sus labios se movían como si estuviera musitando una oración. Luego sabría que era una forma de calcular un tiempo necesario.

Cuando Darmon consideró que había transcurrido el tiempo preciso, quitó, muy lentamente, el casco del muerto, arrojándolo lejos. Se frotó las manos como si las tuviera sucias. Percibí un movimiento de retroceso en los isamitas que observaban.

Luego, el jefe, con la punta de su daga, empezó a rebuscar entre los largos cabellos del oficial dralo. Algo se prendió en la hoja de acero, que Darmon alzó y puso a la altura de mis ojos.

Manuel se acercó y vimos una especie de largo gusano, fláccido, colgando de la daga. La cola terminaba en una bolsita pulposa, que a la vista de nuestras miradas se arrugó y adquirió un tono oscuro.

—Está muerto —dijo Darmon.

Escuchamos jadeos del corro. También, algunos suspiros de alivio. Sólo entonces descubrí que durante toda la operación un oficial isamita había tenido un puñal cerca del cuello de su jefe. Al escuchar las palabras de Darmon abandonó su gesto preocupado y envainó el arma.

—¿Qué es ese bicho? —inquirió Aguian con gesto de repugnancia.

—Son los demonios que han vuelto locos a los dralos —respondió Darmon, arrojando el gusano al suelo y pisoteándolo.

* * *

—Cuando lo averiguamos empezamos a comprender muchas cosas —nos explicó Darmon, acompañándonos hasta el flotador—. Anteriormente me había atrevido a enviar algunas comisiones para entablar conversaciones con los dralos en busca de una paz, para que este estúpido estado de guerra acabase. Luego me enteraría que esos desdichados, vistiendo armadura drala y con uno de esos repugnantes bichos al cuello luchaban contra mis patrullas fronterizas.

—¿Por qué le echaste mercurio? —pregunté.

—Por pura casualidad descubrimos que las emanaciones del metal líquido acaban con la vida del gusano. Una vez tomamos un

prisionero dralo, que con muchos esfuerzos conseguimos maniatar. Al poco, los tres hombres que lo custodiaban empezaron a atacar a nuestros compañeros. Tuvimos que matarlos. Entretanto, el prisionero, por estar bien atado, lo presenció todo con ojos inyectados en sangre, rabiando por no poder participar en la lucha —Darmon sonrió antes de añadir—: En el campamento teníamos una especie de brujo que suele usar mercurio en la preparación de sus potingues. Llevaba una vasija con él cuando el prisionero se la hizo tirar, cayendo sobre su cabeza. Enseguida lanzó gritos desgarradores y cayó inerte al suelo. Al inspeccionarlo vimos, muerto, el gusano prendido en su cuero cabelludo. Acababa de soltar de su bolsa abdominal larvas de gusanos que fueron los que prendieron en la nuca de los tres hombres que vigilaban al prisionero. A partir de entonces nos dedicamos a estudiar esos bichos.

Escuchábamos atentos, tanto Manuel como yo.

—El gusano que maté del oficial dralo estaba a punto de soltar sus larvas. Por eso nosotros nunca tocamos los muertos dralos. Al cabo de unas veinte horas muere el gusano cuando el hombre ha dejado antes de existir. Si lo rocié de mercurio fue para que vosotros lo vieseis antes de convertirse en un cuerpo seco, irreconocible. Ese gusano estaba a punto de lanzar sus crías al aire.

Pálido, pregunté:

—¿Por eso uno de tus oficiales sostenía un puñal cerca de tu cuello? ¿Es que te hubiera matado si…?

—Por supuesto. Siempre se corre un riesgo al andar con muertos poseídos por gusanos. Ese oficial tenía orden de matarme en caso de que una larva hubiera saltado a mi cuello.

—¿Todos corrimos el riesgo?

—No. Las larvas sólo saltan hasta una distancia de unos veinte centímetros. De todas formas, era muy improbable que hubiera sucedido; pero siempre es conveniente estar preparado.

—Debió haber realizado otro hombre la operación…

—De ninguna manera —negó Darmon—. Era una operación que hice solamente para mostraros lo que está pasando con el pueblo de Dral. Ni con mi autoridad podía obligar a ninguno a hacer algo que yo me negase.

La inesperada revelación me había dejado confundido,

representando algo nuevo, que podía modificar todo el concepto de lo que sucedía, remitiendo mis deducciones a finales insospechados.

—Unos gusanos que viven en las nucas humanas, como unas sanguijuelas —murmuré—. Seres simbióticos.

—Demonios, ¿acaso quieres llegar a parar a la conclusión que esos gusanos dominan a los dralos, obligándolos a luchar?

—Podría ser —repliqué—. Todos los indicios nos llevan a ese camino si queremos encontrar una explicación lógica.

—¡Pero eso sí que resulta ilógico a todas luces! —protestó Aguian. Resoplé.

—Tal vez no, Manuel. Aunque te parezca un disparate, yo cada vez estoy más seguro que las sanguijuelas, dominando las mentes de los dralos, pretenden apoderarse de todos los humanos de Espiga II.

—¿Con qué fin?

—Eso no lo sé aún.

Manuel se volvió hacia Darmon violentamente irritado.

—¿Qué pensáis los isamitas? Darmon sonrió antes de responder:

—Casi pensamos como Leonard Grawman, amigo.

—¿Cómo demonios aparecieron tan súbitamente esas sanguijuelas?

—Ojalá lo supiera —suspiró Darmon—. Conocer su origen nos serviría para tener una esperanza de atajar el mal.

—Oh, no puede ser así lo que decís. —Manuel movió la cabeza —. Si las sanguijuelas se han apoderado de los dralos para usarlos como medio de dominación del planeta, apoderándose de todos los seres vivientes que pueden para que sirvan de vehículo a las nuevas larvas, ¿por qué cuando los mizarianos llegaron sólo tenían como objetivo destruirlos, sin molestarse en capturar uno solo vivo?

—No sabemos si quedaron supervivientes —dije—. Tendríamos que averiguar lo que sucedió en el *Russell-B*.

—¿Qué esperamos? Tenemos que regresar cuanto antes al valle para prevenirlos que todos los ejércitos dralos marchan hacia allí. De camino podemos desviarnos un poco al sur y ver qué pasó en la nave.

Me pareció buena sugerencia la de Manuel. Ya varias veces había recapacitado yo sobre la conveniencia de echar un vistazo al lugar del descenso.

Me volví hacia Darmon y el jefe isamita casi adivinó mis

intenciones. Anticipándose, dijo:

—No puedo arriesgarme penetrando con mis tropas en Dral, Leonard. Ya conoces el peligro que corremos de caer bajo el dominio de las sanguijuelas. Todavía conocemos muy poco de lo que éstas influyeron en esos hombres. Pensamos que toda la población drala, hombres y mujeres, padecen la plaga de los gusanos. Aunque tenemos conocimientos de algunas de sus costumbres todavía desconocemos la mayoría.

—¿Tienes algún plan?

—Ninguno que me guste. Sí, en cambio, muchos proyectos aún en nebulosa.

—No existen guerreros dralos desde aquí hasta cerca de los valles taranianos. Puedes marchar tras ellos y hostigarlos.

—Es arriesgado. Puede ser una trampa que nos estén tendiendo para que avancemos confiadamente. Los dralos ahora no actúan con lógica. Todos sus movimientos son inesperados. ¿Cómo adivinar lo que proyectan hombres que parecen obedecer dictámenes de repugnantes monstruos que viven de ellos, de su sangre?

Comprendí que no lograría convencer a Darmon para que nos ayudase. De todas formas, su ayuda iba a ser difícil. Aunque en aquel momento ordenase a su ejército que marchase en pos del de Dral, sólo podría alcanzarlo cuando los dralos ya llevasen dos o tres días dentro del último reducto de los supervivientes, taranianos. En cambio nosotros podíamos volver al valle antes que lo avistasen las avanzadas invasoras. Si no perdíamos más tiempo, por supuesto.

Darmon se despidió de nosotros y nos marchamos seguros que habíamos dejado un amigo, un hombre inteligente que sabría aceptar el regreso a Espiga de sus viejos hermanos humanos. Nos elevamos en el flotador y durante un buen rato estuvimos viendo cómo los isamitas establecían sus campamentos después de haber penetrado apenas unos kilómetros en territorio dralo.

Volvimos a pasar por encima de ciudades dralas y de nuevo volvimos a notar el seco y triste ambiente existente en ellas.

Nos convencimos que los dralos, en su marcha hacia el este, habían dejado totalmente su país, pero regresó a nuestras mentes el temor de Darmon que aquella maniobra, además de suponer el exterminio de los supervivientes taranianos, podía encerrar una sutil trampa.

Aunque las ciudades estuviesen desguarnecidas, ocupadas sólo por indefensas mujeres y niños, éstas personas podían ser suficientes, si estaban poseídas por las sanguijuelas, de captar de forma rápida hasta el último soldado de Darmon.

Atardecía cuando avistamos el *Russell-B*.

CAPITULO VIII

No descubrimos ningún soldado dralo en las cercanías de la nave después de efectuar varias pasadas.

De todas formas descendimos con cautela y nos dirigimos hacia el *Russell-B* empuñando las pistolas. Desde el primer momento usamos los pañuelos para taparnos la boca, atándolos a la nuca. El olor a putrefacción era insoportable.

Los dralos no habían retirado sus muertos, que cerca de la rampa principal de entrada aparecían mezclados con los mizarianos degollados. Miles de utensilios rotos estaban desperdigados por el suelo, por los pasillos. Muchas luces del interior de la nave estaban apagadas y por algunos corredores casi tuvimos que caminar a tientas.

Al parecer aún continuaban funcionando algunos suministradores de energía, aquellos a los que los dralos no habían tenido acceso.

Nos encaminamos directamente hacia el puente. De vez en cuando veíamos más cadáveres, todos ellos mizarianos; los dralos se habían ensañado con ellos.

—No quisieron hacer prisioneros —comentó Aguian a través del pañuelo.

¿Por qué?, me preguntaba insistentemente. Los dralos sí hacían prisioneros entre los taranianos, para inmediatamente éstos ser poseídos por las sanguijuelas. ¿Por qué motivo aún desconocido para nosotros los dralos habían desechado la colaboración de los mizarianos? Al atacar la nave sólo tenían la obsesión de matarlos a todos. Si nosotros conseguimos escapar fue porque estábamos armados y nos resistimos.

El aspecto del puente de mando era desolador. Todo estaba puesto boca abajo. Allí los dralos se habían dedicado a una destrucción más minuciosa. Empero, habían dejado de arrasar

algunas dependencias cercanas, tales como dormitorios y depósitos de repuestos electrónicos. Aquello no tenía lógica, al menos para mí.

—Aquí no tenemos nada que hacer —dije a Aguian, deseando salir cuanto antes.

—La nave llevaba transmisores instantáneos de recambio, portátiles —recordó Manuel.

Los buscamos, y cuando dimos con ellos sólo hallamos un montón de chatarra.

—Las armas, Manuel —exclamé, recordando las que habíamos dejado en mi dormitorio. Corrimos hacia los camarotes, entrando precipitadamente en el mío, con la respiración entrecortada. Suspiramos aliviados. Los dralos habían entrado allí y apenas debieron estar unos instantes, produciendo escasos daños. Debajo de las literas estaban las cajas, intactas.

Riendo, sacamos las armas y las cargas de recambio. Aquello nos convertía en otros hombres, más llenos de esperanzas y seguros de sí mismos.

A pesar del peso y volumen las cargamos todas, haciendo un fardo con las sábanas de las literas. Antes de abandonar la nave bajamos hasta la cocina y tomamos cuantos paquetes de provisiones descubrimos en buen estado, que se habían escapado del pillaje.

Los dralos no habían sido meticulosos en sus robos. Debían tener mucha prisa por marcharse de allí.

Nos dirigíamos hacia el flotador cuando vimos, apenas a unos veinte metros, media docena de guerreros que parecían tan sorprendidos como nosotros al vemos. Antes que pudieran coger sus armas arrojadizas ya teníamos empuñadas las primeras armas que encontramos entre las que estaban en los fardos. Medio segundo después cada uno disparaba algo distinto.

Yo usé un tronador, que pulverizó a tres de los guerreros en medio de una nube de energía. El tronador es muy eficaz contra los saurios gigantes, así, después del disparo quedó muy poco de los tres hombres. Manuel había disparado un aturdidor, que alcanzó a dos caballos primero y luego a sus jinetes. El último dralo cayó fulminado con la siguiente descarga del desintegrador de Aguian, que rechazó el aturdidor para empuñar su pistola.

Mientras el único caballo ileso huía espantado, nos acercamos

hasta los muertos, hasta una distancia prudencial de diez metros. Uno de los guerreros, que por cierto vestía una armadura isamita, había perdido el casco al caer con el cuerpo desintegrado desde la cintura para abajo. Creímos distinguir un agonizante gusano sujeto a su nuca.

Era suficiente para nosotros, recogimos las armas y comida y las echamos al interior del flotador. Podía haber otras patrullas enemigas por las cercanías y sólo en el aire, a más de cien metros de altura, podíamos considerarnos a salvo.

Cuando nos elevamos lancé una imprecación. Había olvidado tomar cigarrillos de mi camarote. La verdad es que no los había buscado. Allí se quedaron si los dralos no se los llevaron o pisotearon.

—De esos cinco guerreros uno era isamita —dijo Aguian.

Asentí. Pilotaba y tenía metida toda la máxima velocidad. Estaba ansioso por regresar a los valles antes que el avance dralo se nos adelantase.

—Tal vez fue uno de los prisioneros isamitas tomados hace tiempo —respondí—. Al parecer, con la actuación de las sanguijuelas, es sencillo obtener fieles reclutas. Si no nos damos prisa en volver al valle nos encontraremos a todos sus habitantes convertidos en guerreros enemigos.

Aquel pensamiento me horrorizaba. Entre los guerreros dralos había uno que parecía muy joven, apenas unos quince años. Al parecer sólo rechazaban las mujeres, aunque, desde luego, sí las sometían al dominio de las sanguijuelas. Pensé en Marion y me estremecí ante la sola idea de imaginármela con uno de aquellos repugnantes bichos adherido sobre su hermoso cuello.

La energía que movía el flotador no era eterna. Consulté el medidor de reserva y fruncí el ceño. Apenas teníamos lo justo para ir al valle, si teníamos en cuenta que ahora el aparato llevaba más carga a causa de las armas y comidas.

Cuando horas después sobrevolamos una masa oscura que avanzaba lentamente por la llanura, respiramos aliviados. Pero sólo un poco. El numeroso ejército dralo estaba muy próximo al valle. Se dirigían directamente hacia él, como si estuvieran seguros que allí vivían, dispersos y apenas organizados, los supervivientes del pueblo de Tarania, tal vez aún ignorante de la amenaza que se

acercaba inexorable hacia ellos.

Al arribar al valle, delante de la casa de Loron, Aguian hizo unos cálculos. No estaba muy seguro, pero pensaba que los dralos estarían en la entrada del valle antes de dos horas.

Marion fue la primera en acudir a recibirnos. Estaba emocionada y yo creí que reprimió sus deseos de echarse a mis brazos. Me sonrió y, tomando sus manos, la besé ligeramente. Busqué a mi alrededor y pregunté a Marion cuando sólo Kolder surgió del interior de la casa:

—¿Y Loron? Tengo que hablar con él inmediatamente. Kolder me estrechó la mano con alegría y respondió:

—Se ha marchado con Iolos. Me puse furioso.

—¿Adónde ha ido? No es éste el momento de alejarse de aquí…

—Decía que tenía que consolar otras comunidades de refugiados. No sé cuándo volverá —Kolder rehuyó mi mirada. No parecía estar muy de acuerdo con el proceder de su superior.

—¿Consolarlas? —estallé—. ¿De qué? No es el momento de reconfortar a estos infelices, sino de prepararlos a defender sus vidas. Antes de dos horas tendremos sobre nosotros todas las hordas dralas, dispuestas a pasarnos a cuchillo a los que intenten oponérseles y someter a los que consigan apresar vivos.

—Nadie en este valle se atreverá a empuñar las armas —dijo Marion tristemente—. Aparte de los constantes sermones que les larga Loron, esta gente está convencida que es inútil toda resistencia. ¿Qué has querido decir con que someterán a los que cojan vivos?

¿Es que los dralos están haciendo ahora esclavos?

Respiré ruidosamente.

—Estoy seguro que entre el ejército dralo figuran cientos de taranianos, que no se detendrán cuando les llegue el momento de atravesar a un antiguo compatriota suyo.

Expliqué ampliamente lo que nos había sucedido en la incursión.

—Eso es absurdo —respondió Marion—. En este planeta nunca ha existido ese tipo de sanguijuelas. Ni en ninguna parte del universo hemos visto nada semejante. ¿Gusanos simbióticos que dominan la mente humana? ¡Absurdo!

—¿Por qué es absurdo? —inquirí—. Los mizarianos depositan toda su fuerza en el poder mental para abrirse camino en planetas

hostiles.

—Es distinto. Lo empleamos para fomentar la paz, no la guerra.

—Pero si quisierais convertir un planeta en un infierno, sumido en las guerras fratricidas nada sería más sencillo que apoderarse de una fracción poderosa y obligarla a atacar a sus vecinos, ¿no?

—¿Con qué fin?

—Si tuvierais que conquistar un mundo sería el medio más sencillo de lograrlo, sin exponer apenas nada —repliqué secamente.

—Eso nunca lo harían los mizarianos…

—¡Por supuesto que no! Sólo intento sostener una hipótesis. Esos gusanos no pueden por sí solos conquistar el planeta. Precisan de seres poderosos que lo hagan por ellos, obedeciéndolos.

—Puede tratarse de una plaga, simplemente.

—El jefe Darmon opinan todo lo contrario. Nosotros vimos, cómo Darmon terminaba de matar un gusano con vapores de mercurio. Al hombre que dominaba estaba muerto, pero el gusano aún podía vivir unas horas, hasta que hubiera agotado la reserva de energía del cadáver. ¡Incluso se reproducen rápidamente! Constantemente están necesitando más seres humanos para sus larvas.

Aguian se movió inquieto.

—Leo, los dralos —me recordó.

—Tienes razón. Ya tendremos tiempo de discutir el origen de las sanguijuelas. Ahora tenemos que preocupamos de nosotros. Busquemos esos guerreros taranianos que viven en el valle. ¿Dónde podremos encontrarlos?

—Yo te guiaré —se ofreció Kolder—. Riolh está con ellos.

Por un momento Marion pareció que iba a protestar ante la decisión de Kolder, pero calló y nos siguió por la vereda.

El pequeño poblado estaba desierto. Apenas si nos encontramos con algunos pacifistas por el camino, que volvían la cabeza al vernos cargados con las armas.

Hallamos a Riolh y los guerreros cerca de la entrada del valle.

Eran unos cien hombres, escasamente armados con espadas y lanzas. Las ballestas apenas sumaban dos docenas y unos centenares de flechas. Sin embargo, Riolh no había perdido el tiempo. El lirano tomó contacto con ellos y estaban preparando un plan defensivo.

Después de los saludos, Riolh dijo:

—Un fugitivo nos anunció hace unas horas que casi todo el ejército dralo avanza sobre nosotros. Ignoramos cuándo llegarán, pero no quiero que nos cojan desprevenidos —señaló hacia el estrecho paso que había delante de nosotros—. Tienen que penetrar por allí. Creo que por algún tiempo podremos contenerles.

Mostré las armas que habíamos sacado del *Russell-B* y la parca sonrisa de Riolh se amplió.

—Con esto les será muy difícil entrar —dijo.

—Sólo retrasaremos el final —suspiré—. No nos engañemos. Dime cuántos de esos guerreros crees que serán capaces de manejar un arma moderna.

—Tengo a tres que me parecen capaces de disparar los desintegradores. Luego hay unos doce que pueden hacerse cargo de los aturdidores. Así, si se disparan entre ellos, ninguno morirá.

Riolh llamó a varios guerreros y les entregó las armas, dándoles las últimas instrucciones sobre su uso. Luego los envió junto con el resto de sus compañeros, divididos en dos grupos, a cada lado de la entrada al valle. —Al este hay una salida que conduce al océano —dijo Riolh—. Huir sólo los conduciría a quedar cercados en las playas. Sería un mal lugar para defenderse.

—Sí, yo también opino que debemos quedarnos aquí —asentí—. ¿Qué hay del transmisor? ¿Has podido hacer algo para repararlo?

Riolh me tomó del brazo y me alejó del grupo unos metros. En donde no podían oírnos, dijo:

—Ese transmisor ha sido saboteado.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Faltan piezas vitales. Loron no pudo transmitir la posición de este planeta sin ellas. Lo demás todo está perfecto. Después de enviar el mensaje, alguien debió robarlas.

Entorné los ojos. Los liranos tienen la particularidad que no saben mentir, ni para ocultar a un amigo. Sabía que Riolh estaba diciendo la verdad. Al preguntarle qué explicación lógica podía sacar, negó con la cabeza.

—Pregunté a Loron por las piezas —añadió.

—¿Qué dijo?

—Las respuestas fueron evasivas. Cuando insistí se marchó a reunirse con sus acólitos. Todo el valle sabe que los dralos llegan y al parecer quiere reconfortarlos.

—Ese tipo está loco —protesté—. En unas circunstancias como las actuales, por muy buenos propósitos que se tengan no se puede permanecer impávido ante la próxima y segura muerte. No puedo creer que los mizarianos sean tan cretinos.

—Yo tampoco —rezongó el lirano—. He trabajado para ellos bastante tiempo y creo conocerlos. Pero Loron es un caso aparte. Por ejemplo, Kolder sabe que su vida está en peligro y me parece que empuñará un arma. Marion discutió con Loron, recriminándole su proceder. Ella le dijo que al menos debía pensar que sus compañeros mizarianos algún día llegarían a Espiga confiados de sus poderes, cuando decidan que debemos ser rescatados.

—¿Y…?

—Nada. Loron sólo piensa en predicar la paz. Está loco.

—Tengo ganas de enfrentarme a él —mascullé.

Un grito de uno de los vigías nos impidió seguir hablando.

Kolder corrió hacia nosotros diciendo que los dralos habían sido avistados. Le tendí un rifle y él lo aceptó orgulloso, dirigiéndose a continuación hacia donde los guerreros estaban apostados.

Envió a Aguian a dirigir a los hombres apostados en los montes que se levantaban en el lado derecho de la entrada. Marion, Riolh y yo subimos hasta el otro lado. Alentamos a los tararianos y nos situamos en primera línea con nuestras armas. Dije a los arqueros que sólo actuasen cuando el enemigo estuviese cerca. Nosotros nos encargaríamos de disparar cuando aún estuviesen a quinientos metros. Acaricié mi lanzador de cohetes y luego puse mi pistola y rifle al lado. Marion se arrodilló a mi lado y tomó esta última arma, mirándola reflexivamente.

Yo me limité a sonreírle, animándola. Sabía que ella estaba luchando contra sus convicciones, pero que al final vencería el deseo de combatir por su vida.

Coloqué delante de mis ojos los binoculares.

—¿Qué pasa aquí? —dije, escupiendo—. Esto es insólito.

—¿Sucede algo extraño? —preguntó Marion.

—Aguian y yo vimos diez veces más guerreros que los que ahora se dirigen hacia la entrada. ¿Dónde están los demás?

CAPITULO IX

Hablar del número aproximado de una masa atacante de guerreros provistos de armas y métodos medievales, jinetes conduciendo rabiosos y fuertes caballos hacia un angosto paso, es, simplemente, una quimera.

Si me pareció que era apenas una parte del numeroso ejército que horas antes habíamos visto avanzar hacia el valle era una cuestión de apreciación visual. Estaba seguro que los que nos atacaban eran muchísimos menos, pero casi imposible de calcular cuántos sumaban incluso con un apreciable error de cien o doscientos.

¿Quinientas? ¿Mil? No lo sé y tampoco pude averiguarlo nunca. Entonces me parecieron demasiados, capaces de desbordarnos.

Nos atacaron aullando, haciendo entrechocar sus armas contra los escudos de hierro y cuero, dejando un denso rastro de polvo.

A un par de metros a mi derecha vi al joven Kolder temblar un poco, apretando tan fuerte su arma que los nudillos de sus manos estaban blancos. De todas formas me reconfortó ver la determinación en sus ojos de vender cara su vida.

Marion también ofrecía un aspecto animoso. Aquello me dio que pensar, pero sólo unos instantes. A continuación tuve que prestar toda mi atención a los atacantes.

Cuando estuvieron a poco más de medio kilómetro, Riolh y yo lanzamos nuestros cohetes. Con alegría vimos las explosiones en medio de las primeras filas de jinetes. Decenas de ellos cayeron, unos heridos y otros al tropezar.

Pero ni esos cohetes ni los siguientes consiguieron apenas producir unas fisuras en las filas enemigas.

Alcanzaron pronto los dralos la embocadura del valle. Sin tiempo de cargar nuestros lanzadores empuñamos los desintegradores y apretamos el disparador sin cesar, moviendo las

armas en abanico y causando una auténtica masacre.

Sin embargo, los siguientes dralos no se inmutaron ante la sangre que corría delante de ellos. Espolearon sus caballos y pasaron por encima de los cadáveres y heridos. No cesaban en sus gritos de guerra ni blandir de armas.

Las flechas que disparaban los escasos arqueros taranianos apenas significaban algo al lado de la actuación de los que teníamos armas modernas, pero alguna eficacia prestaban y ayudaba a aquellos valerosos hombres a mantenerse dispuestos cuando llegase el momento, crucial, del cuerpo a cuerpo.

El punto defensivo que capitaneaba Aguian estaba a unos treinta metros de nosotros y yo le hice una señal, previamente convenida. Ambos agarramos nuestros lanzadores y disparamos al unísono contra las rocas de las laderas.

Las explosiones provocaron un derrumbe y enormes peñascos rodaron, arrastrando a varios dralos. Aquello produjo un cese en el ataque, dándonos unos instantes de respiro.

Observé por los binoculares que los dralos se retiraron a cierta distancia, iniciando una reagrupación. No tardarían en volver a atacar. Insólitamente, no se preocupaban de los heridos. Los que se lamentaban por sus heridas se arrastraban sobre su propia sangre sin recibir siquiera una mirada de los compañeros.

—Esto es nauseabundo —dije, secándome el sudor y sacando cargas de energía para las pistolas.

—Toda matanza es nauseabunda —dijo Marion, un poco pálida.

—No me refiero a esto. Un soldado sabe que es fácil que muera en un ataque, pero es demasiado exigirle un suicidio. Y lo que están haciendo los dralos es ir a un matadero. Ni siquiera parecen tener jefes que los manden. Es cierto que entre ellos algunos tienen apariencia de jefes, pero no dan órdenes. Se limitan a cumplir, inconscientemente, con su obligación de ir al frente de los guerreros, pero nada más.

Marion me miró fijamente.

—Estás pensando en algo profundo, Leo. ¿Qué es?

—Hasta ahora, todo es una nebulosa —me encogí de hombros—. Ojalá saltara el resto de información que me falta para poder encajar todo este rompecabezas.

En contra de lo que suponía, los dralos no reanudaron el ataque.

Siguieron formando un apretado grupo. Los heridos dejaron de gemir al llegarles la muerte y algunos caballos solitarios trotaban sin dirección concreta entre los cadáveres.

Al anochecer, los dralos desmontaron y encendieron algunas hogueras, aunque no levantaron tiendas. Me pareció absurdo que iniciaran un asedio. Un temor me asaltó y llamé a algunos tararianos. Pregunté:

—El ejército dralo ha debido dividirse, atacándonos el menor número para distraernos, mientras el resto está dando un rodeo para intentar sorprendernos por la espalda. Eso pienso. ¿Sabéis vosotros cuánto tiempo se precisa para que un ejército rodee el valle y penetre por el Este?

Los taranianos comprendieron y se miraron entre sí con evidente temor. Uno de ellos respondió:

—Si es cierto lo que dices, estarían aquí al amanecer.

No necesité saber más. Dejé que los taranianos se retirasen a sus posiciones a descansar mientras algunos montaban turnos de guardias. Me retiré a un lado, preocupado.

Al rato llegó Marion con comida, que apenas probé. Luego, estrechados, dormimos un rato. Me desperté muchas veces y miraba en dirección al exterior del valle.

Los dralos seguían esperando. ¿Qué esperaban y cómo habían sabido en qué momento tenían que haber detenido el ataque?

* * *

Con los primeros rayos solares, cuando acababa de sumirme en un suave sopor, escuché los frenéticos pasos de Kolder al dirigirse hacia mí. Marion y yo nos levantamos sobresaltados.

—Se acerca Loron —jadeó Kolder—. Le siguen muchos nativos armados de estacas. Corrimos hacia el interior del valle. Al borde de las rocas, nos detuvimos. Vimos avanzar a Loron hacia nosotros. Muy atrás del mizariano le seguía un nutrido grupo de nativos. A una señal de Loron, sus seguidores se detuvieron.

Loron, muy tranquilo, subió hasta donde nosotros le aguardábamos. Riolh se acercó despacio, pero no llegó hasta nosotros.

Observé con atención, a la difusa luz del amanecer, las facciones de Loron. El mizariano estaba muy recuperado, extrañamente recuperado en tan escaso tiempo. Incluso sus mejillas aparecían ligeramente sonrosadas.

Se detuvo a un par de metros de nosotros, nos miró y dijo: —Estáis cometiendo una estupidez detrás de otra.

Marion intentó avanzar hacia él y yo la detuve agarrándola de un brazo.

—¿Llamas estupidez defender nuestras vidas?

—Vuestras vidas no corren peligro si dejáis que los dralos entren en el valle. En cambio, si continuáis ocasionándoles bajas, luchando contra ellos, no tendrán otro remedio que mataros a todos. —Lo sabemos, al menos esto último, pero dudo que nos respetasen si depusiésemos las armas.

—Os prometo que seguiréis vivos si lo hacéis.

Intenté penetrar más allá de la mirada de Loron. En aquel momento me habría gustado poseer el poder de leer el pensamiento, de penetrar en la mente de Loron.

—Los dralos no entrarán en el valle —respondí—. Será imposible que lo hagan por ese paso mientras tengamos armas. Y las poseemos en abundancia. Antes que agotemos nuestras reservas habremos acabado hasta con el último enemigo.

Loron negó con la cabeza e intentó una triste sonrisa.

—No, amigo. No será así. En estos momentos el grueso del ejército dralo está irrumpiendo en el valle por el Este. No tardarán mucho en llegar hasta aquí y cogeros entre dos fuegos. Aún estáis a tiempo de rendiros.

Sentí una rabia infinita. Mis temores no eran infundados. El plan de los dralos era sencillo, tan simple que casi no creía que yo hubiera llegado a comprenderlo.

Por desgracia, Loron tenía razón. No duraríamos unos minutos si nos atacaban desde la retaguardia.

Señalé a los nativos armados de estacas y otras toscas armas que aguardaban a unos cien metros de nosotros, pacientemente, sin atreverse a mirarnos y volviendo la cara de vez en cuando. Indudablemente estaban avergonzados.

—¿Qué hacen ésos? Aparentemente, no tienen buenas intenciones.

—Están dispuestos a toda costa que vosotros no provoquéis a los dralos. Ellos son conscientes que no deben ser enfurecidos, que no mueran más dralos. Si consiguen dominaros antes que ellos lleguen lograrán más misericordia.

—¿Qué te importa que matemos dralos, Loron? —preguntó Marion. Loron la miró como si no la conociera.

—Marion… —dijo—. ¿Eres tú la que hablas así, una mizariana del
CILMO
? Por los dioses, Marion, arroja tu arma y ven con nosotros. Y tú también, Kolder. Al parecer, la presencia de los violentos terrestres han contaminado vuestra mente.

—Loron, no te conozco yo a ti —escupió Marion.

—Un momento —dije, adelantando un pie hacia Lo— ion—. Esto no es lógico. Toda esta situación es absurda. Aquí hay algo que no concuerda. Mejor dicho, todo empieza a tener una explicación.

—¿A qué te refieres? —inquirió Marion. La miré.

—Marion, presta atención. Existen muchos indicios. Por ejemplo, Loron no se presentó cuando aterrizó el *Russell-B*. En cambio, una horda drala nos esperaba para aniquilar el cuadro de mizarianos. Aparentemente, Loron estaba enfermo. Ésa fue su excusa para no ir y enviar en su lugar ese fanático de Iolos. Luego está el transmisor. Loron lo usó para pedir al
CILMO
ayuda, la llegada de una nave. ¿Por qué? La precisaba: Pero a bordo, algo que no esperaba, íbamos nosotros, unos salvajes cazadores armados, que pudimos fugarnos y salvar, al menos, a dos mizarianos. Entonces nos encontró Iolos y nos condujo al valle. ¡Loron no estaba enfermo!

—Yo le vi enfermo —silabeó Marion.

—Para un hombre con poderes paranormales como el suyo, superiores a cualquier mizariano, resultaba un juego de niños depauperar un poco su cuerpo, aparentar una debilidad que sólo era ficticia…

—Pero… ¿por qué?

—Nuestra presencia le hizo rectificar —señalé a Loron con un dedo, amenazador—. El resto nos lo podría explicar todo este bicho repugnante. ¿No es cierto, Loron?

Impávido, Loron asintió levemente. Cruzó los brazos sobre el

pecho y nos observó con altivez.

—Sí. Cuando me enteré que tripulantes del *Russell-B* escaparon, ordené que destrozaran la nave.

—¿Ordenaste? —repitió Marion—. ¿A quién ordenabas?

—¿Es que no lo adivinas? —pregunté exasperado—. Déjale que continúe. Está desbordante de orgullo, ansioso de mostrarnos su triunfo. Loron es ahora una curiosa mezcla de humano y…, algo más.

—Eres listo, terrestre. Intuitivo. Me sorprende que hayas llegado a tales conclusiones. No tengo inconveniente en decírtelo todo. Después de ordenar la destrucción de la nave comprendí que me había precipitado. Cuando llegó Marion y Kolder, después de contármelo todo, me irrité conmigo mismo.

—Pero aún tenías otra oportunidad de conseguir una nave en condiciones de vuelo, ¿no? —interpelé.

—Exacto. Simplemente tenía que dejar transcurrir algún tiempo sin que en Mizar recibieran noticias del *Russell-B*. Al cabo, el CILMO enviaría otra nave. Y esta vez la obtendría intacta.

—Después de aniquilar otra tripulación.

—Sí.

—Los mizarianos no te sirven. Mejor dicho, no sirven como alojamiento a los gusanos.

—Son difíciles de dominar.

—Por esa causa murieron tus cinco compañeros.

—Se resistieron. Fue una desdicha. Portaban cinco hermanos míos, repletos de larvas. Al llegar a Espiga fallecieron.

Marion gritó, desesperada:

—¿Pero qué locura es ésta? No sé de qué están hablando… La tomé por los hombros y la zarandeé para calmarla.

—¡Déjale seguir! —grité, señalando a Loron.

—Pobre Marion. Por desdicha, a ella no podré mantenerla con vida. Ofrece las mismas condiciones contrarias que los otros cinco primitivos portadores.

»Tenemos tiempo aún para poderos explicar algunos detalles, antes que lleguen los dralos. Yo comandaba la nave exploradora que arribó al sistema de Espiga y descendimos sobre el tercer planeta, un mundo viejo en el cual apenas supervivían unos grandes saurios.

Era inconcebible que siguieran existiendo en un ambiente tan hostil como el que impera en Espiga III —sonrió—. En el contacto con los saurios comprendimos que nuestra presencia en aquel planeta moribundo había sido providencial para los escasos supervientes de la gran milenaria raza: los ziars.

—Las sanguijuelas…

—Es un abominable nombre para seres tan poderosos. Acogimos en nosotros a los ziars. Mientras yo admití a mi ziar con amor, los otros cinco se resistieron. Lucharon contra el dominio de los ziars durante todo el viaje hasta Espiga II. Yo intenté convencerles que debíamos ayudar a esa raza, que era nuestro deber como miembros del

CILMO

; pero ellos no comprendieron y murieron junto con sus amos. Yo quedé solo con mi poseedor. Estaba dispuesto a colaborar y no hubo fricción entre los dos pareceres.

»Los ziars siempre pertenecieron a Espiga. Cuando existió el primer planeta, antes de estallar a consecuencia de la enorme gravitación del sol, los ziars lograron emigrar al tercer planeta, entrando en posesión de los cuerpos de los grandes saurios. En el primer planeta abandonaron otros seres arácnidos que siempre les sirvieron dócilmente. No pudieron llegar a Espiga II porque hace millones de años este planeta era un infierno volcánico, aún en formación. Tuvieron que conformarse con los saurios que existían en el último planeta.

»A causa de la nula proyección manual de estos alojamientos, los ziars no pudieron proseguir con sus investigaciones espaciales y se encontraron en la imposibilidad de escapar a otros mundos en otras estrellas, localizar cuerpos más convenientes para poder hacer realidad lo que sus grandes mentes pueden ser capaces.

»La providencial llegada al tercer planeta de la nave exploradora les abrió un camino de esperanza. Apenas quedan unos pocos ziars malviviendo en degenerados saurios, a los cuales apenas pueden aún mantener en vida.

»Yo traje al último ziar a Espiga II, repleta su bolsa de nuevas larvas que inmediatamente deposité en los dralos que nos socorrieron, y que envié a sus ciudades para propagar la especie. Al quedarme solo vinieron los taranianos y opté por marcharme con

ellos con el propósito de convertir este pueblo en receptores de más ziars.

—¿Por qué lo hiciste?

—El ziar que llevo es demasiado viejo. Apenas si pudo conseguir una nueva generación de larvas. Cuando un ziar entra en edad adulta como el mío, con miles de años de vida, precisa de un descanso de años antes de volver a engendrar nueva vida. De todas formas he estado controlando el proceso de dominación del pueblo dralo desde aquí. En realidad, ayudé a los dralos eficazmente, desconcertando a esta gente, haciéndola pacífica y comunicando a los guerreros dralos lo que tenían que hacer para sorprender las débiles defensas de los taranianos que no aceptaban mis instancias a la paz.

—Estás loco, Loron —dijo Marion—. Has perdido la noción de lo que es humano. Aunque hablas como si estas ideas fueran tuyas, en ti no queda nada del Loron que conocí.

—Vamos, Marion. No distorsiones las cosas —son rió irónicamente Loron—. No temas que el amor que me tenías sea inútil cuando tú también acojas un ziar en ti, que te instruya la mente. No olvides que los ziars siempre necesitarán nuevos cuerpos en que vivir…

—Calla. Estás diciendo cosas horribles —dijo Marion volviendo el rostro, rehuyendo la mirada de Loron—. Tener nosotros hijos para que sirvan de vehículo a esos monstruos.

—Es eso, ni más ni menos —asentí, tomándola por los hombros —. Vuestras intenciones, las de los mizarianos, son nobles, pero me temo que Loron se excedió. Su mente enferma fue un campo abonado para ese caduco ziar que ahora habla por su boca. En realidad, Loron ya no existe. Es una marioneta bajo el dominio de un gusano.

—¡No! —gritó Loron—. Estáis equivocados. Nosotros somos el resultado de una perfecta combinación. El ziar proporciona un enorme poder y sabiduría a mi mente, que la capacita para proyectarse a grandes distancias, capaz de dominar a los miles de dralos que luchan por nosotros, hasta que conquistemos este planeta.

—Si algo quedase en ti de humano, te habría impedido permitir el sacrificio de tus compañeros del *Rusell-B* —escupí—. Es inútil

que tú, ziar, gusano o lo que seas, te esfuerces en intentar engañarnos.

—Los que se nos opongan serán aniquilados. Aún tenéis una oportunidad de sobrevivir si deponéis las armas y dejáis que un ziar os sea colocado.

—Creo que antes preferiría morir —suspiré.

—Te perderás algo fabuloso.

—Algo horrible, querrás decir.

—¿Te imaginas el universo en paz, todas las razas viviendo sin deseos de guerras, de traicionar a sus vecinos? Los ziars pueden conseguirlo en pocas décadas. Nos infiltraremos en todos los planetas de la galaxia silenciosamente. Nadie se dará cuenta de nada. Estamos aprendiendo mucho. Es cierto que cometimos muchos errores al principio. En realidad, no hacía falta esta guerra, pero ya los dralos estaban en guerra contra Isam en cierto modo y no veía otra forma de introducirme en su país.

»Con la nueva nave que envíe el CILMO nos trasladaremos a otros mundos. ¿Quién puede sospechar que un navío de Mizar, perteneciente al CILMO puede representar peligro alguno? Nos recibirán con los brazos abiertos, amistosamente. Unas semanas más tarde tendremos otro mundo en nuestro poder. Los jóvenes ziars pueden reproducirse rápidamente.

Miré a los taranianos que aguardaban a su ídolo. Me pregunté si serían capaces de atacarnos.

Además, los dralos estaban internándose en el valle por el Este. Miré a Marion. ¿Qué podíamos hacer?

CAPITULO X

Al principio fue como si una lejana tormenta se fuera acercando hacia nosotros. El ruido, sordo, inidentificable, avanzaba como una gigantesca ola.

Los primeros en reaccionar fueron los taranianos adictos a Loron. El pánico cundió entre ellos y echaron a correr en todas direcciones. Loron se revolvió y les gritó que esperasen.

Fue inútil. Apenas unos instantes después, sólo quedaba de aquel grupo las estacas y palos que portaban poco antes.

Loron soltó un grito escalofriante y se llevó las manos a la cabeza, cayendo de rodillas.

Al otro lado de la entrada del valle también se inició un ruidoso tumulto. Pero lo identificamos como una batalla.

Algunos taranianos bajaron corriendo y nos costó mucho trabajo comprenderles. Querían decirnos que los isamitas estaban atacando a los dralos que habían acampado al otro lado.

—¡Darmon ha debido cambiar de idea! —grité, alborozado—. Ha entrado en Tarania después de atravesar Dral y está atacando no sólo al destacamento que nos distraía en la entrada del valle, sino a todo el ejército dralo que penetraba por el Este.

Jadeante, con espumarajos resbalándole por la comisura de los labios, Loron nos gritó desde el suelo sobre el cual se debatía:

—Por vuestra culpa nos han sorprendido esos malditos. Yo estaba demasiado concentrado en hablaros y no percibí la llegada de los isamitas. Y ahora mis hermanos están muriendo por cientos a cada instante. ¡Achicharrados!

Por supuesto, Loron se refería a los ziars alojados en los cuellos de los guerreros dralos. Aquellos infelices le importaban un comino. Sólo percibía la muerte de los ziars, directa o cuando se producía la eliminación del humano portante.

Cogí a Marion de la mano y ascendí hasta lo alto de nuestras

defensas, uniéndonos a los taranianos que contemplaban la batalla.

Los dralos formaban un grupo que se movía con desesperación dentro de un círculo de guerreros isamitas, que les arrojaban flechas que estallaban y esparcían un humo denso.

—Demonios, ¿los están asfixiando? —preguntó Riolh.

Me encogí de hombros. Otros isamitas rodeaban a los cercados dralos. Llevaban unas extrañas bolsas sobre las espaldas y sostenían el tubo que salía de ellas. Eran rudimentarios proyectores de gases, que al entrar en contacto con los dralos los derribaba al suelo, haciéndolos aullar de dolor, hasta que quedaban inertes.

Sonreí.

—Ese Darmon ha sido endiabladamente astuto. ¿Cómo ha podido encontrar un arma tan eficaz contra los ziars en tan poco tiempo?

Marion se volvió, mirándome.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿No te expliqué cómo Darmon destruyó el gusano que se posesionaba de un oficial dralo echándole mercurio? Tal vez entonces ese tipo no me confió que disponía de un arma más eficaz. Sus sabios han debido estar investigando desde hace tiempo la forma de acabar con esos repugnantes bichos…

Sentí que Marion me era arrebatada. Me volví furioso y una boca de cañón de una pistola se alzó delante de mis ojos.

Loron tenía sujeta a Marion pasándole el brazo por el cuello. Con la otra mano sostenía un arma de un tipo que no conocía. Seguramente siempre estuvo armado. La pistola debía ser de factura mizariana.

—Si das un paso volaré la cabeza de Marion —dijo Loron, volviendo el cañón de la pistola contra la chica.

—Oh, vamos, Loron —dije, abatiendo los brazos—. No tienes nada que hacer. ¿Es que no ves con tus propios ojos cómo los dralos están siendo liberados de sus gusanos?

—No es preciso; lo presiento. En mi cerebro están los miles de lamentos de mis compatriotas al morir. Pero mi raza todavía no está vencida. Aún queda una posibilidad.

Observé a Loron. Ya no quedaba nada de su personalidad en el mizariano. El gusano que lo poseía lo había absorbido totalmente. Quien tenía sujeta a Marion y la apuntaba con la pistola era el ziar.

—¿Qué tontería es ésa? No tienes la menor posibilidad —dije, mirándole fijamente, buscando alguna manera de sorprenderle y liberar a Marion.

Riolh había dejado de observar la aniquilación de las huestes al otro lado de los montes. También, casi todos los taranianos que habían combatido a nuestro lado estaban ahora más pendientes de Loron que otra cosa.

—Conozco todas las debilidades humanas, Leonard —sonrió torvamente Loron—. Marion te quiere y tú estás enamorado de ella. No permitirás que la mate, ¿verdad?

Callé. Abatí los hombros.

—Me llevarás lejos de aquí. Si nos detienen los hombres del jefe Darmon les dirás que tú eres su amigo. Nos iremos al lugar donde descendió el *Russell-B*. Allí aguardaremos la llegada de otra nave del CILMO. No tardarán mucho en llegar si tenemos en cuenta que el comandante Altur debió transmitir un mensaje hace días.

—No podrás apoderarte de esa nave, Loron.

—Claro que sí. Los mizarianos no saben nada y no sospecharán nada de mí. Apenas me introduzca en su nave sólo tendré que aguardar unos días hasta que una nueva generación de larvas esté dispuesta.

—Pero es imposible apoderarse de gente paranormal como son los mizarianos…

—¿Quién dice que pretendo esos cuerpos tan hostiles? Las larvas servirán para matarlos a todos en unas horas. Antes que suceda haré que la nave descienda en un planeta conveniente, habitado por seres poco resistentes. Volveremos a comenzar. La raza ziar nunca será exterminada.

—Eres el único ziar existente, ¿no?

—Me temo que sí —asintió Loron con un gesto de dolor—. Pero es suficiente. Soy el más antiguo representante de mi raza. En pocos años seremos poderosos. Sólo necesitábamos la nave que nos permitiera salir de ese condenado mundo Espiga III. Y vosotros seréis el salvoconducto que me conduzca a sitios más propicios…

El rumor de la extraña batalla que se había estado desarrollando en el exterior del valle había cesado. Hasta el último dralo yacía en

el suelo, sobre sus armas y respirando entrecortadamente.

—Iremos en busca del flotador —dijo Loron—. Vamos, Leonard, tú irás delante nuestro.

Empezamos a descender. De vez en cuando yo volvía la mirada.

Inesperadamente, Riolh gritó y atrajo la atención de Loron. El lirano lo estaba atacando mentalmente, pero el poder de Loron era muy superior y su mente apenas sufrió daño. Sin embargo, el ataque le había enfurecido y disparó contra Riolh.

Mientras el lirano rodaba sobre las rocas, medio desintegrado su cuerpo, me preguntaba que aquélla había sido una actuación suicida, inútil. Loron podía prevenir cualquier ataque procedente de nosotros con antelación, con sólo leer nuestra mente.

Pero cuando vi al joven Kolder alzarse sobre unas rocas, coger entre sus manos un desintegrador y disparar contra Loron, supe que el gesto del lirano había sido en vano.

Loron se había separado un poco de Marion y cayó de espaldas, con la cabeza desintegrada. Rebotó en las rocas y rodó unos metros.

Aunque sabía que nada podía hacer por Riolh, corrí hacia donde estaba su cuerpo. Volví la cabeza reprimiendo mis deseos de vomitar. Un cuerpo destrozado de un lirano es algo demasiado fuerte. Sus vísceras resultan algo escalofriante.

Kolder aún estaba tembloroso, mirando fijamente lo que quedaba de Loron. Lentamente, le quité el arma que se agitaba entre sus manos, le di las gracias palmeándole la espalda y le dejé a solas.

Es fácil comprender lo difícil que había sido para un mizariano joven como Kolder matar a un ser humano.

Marion se arrojó a mis brazos y yo me preguntó si ella hubiera hecho lo mismo de haber sido yo quien destrozase el cuerpo del hombre que ella amó un día. Pero de Loron no quedaba nada, sólo su cuerpo usado por el ziar.

El disparo de Kolder le había desintegrado la cabeza al mismo tiempo que el gusano simbiótico.

* * *

Acompañado de Aguian recorrí medio valle hasta encontrarnos

con las avanzadas isamitas. Corrimos algún peligro antes de identificamos como antiguos conocidos del jefe Darmon, ante quien nos llevaron al cabo de un buen rato.

Había una gran confusión en el fondo del valle, en donde se había desarrollado el encuentro con las hordas dralas que avanzaban hacia nuestros puestos defensivos. El oficial isamita que nos sirvió de guía y salvoconducto ante Darmon, nos explicó que ellos atacaron en masa la retaguardia drala con los proyectores de gases mercuriales. Aunque el ataque había sido una total sorpresa, los dralos se revolvieron y atacaron con sus armas. En algunos puntos se combatió cuerpo a cuerpo y las bajas fueron bastante numerosas. Pero cuando un dralo aspiraba el gas mercurial, caía a los pocos segundos.

—De todas formas —añadió—, lo hubiéramos pasado mal y las bajas entre los isamitas habría sido muy numerosas da no haber dejado los dralos, inesperadamente, de luchar. Todos se derrumbaron arrodillados al suelo al mismo tiempo.

Ante Darmon, cuando éste, mirándonos inquisidor nos preguntó si nosotros teníamos algo que ver con el cese total de lucha en los dralos, respondí:

—Loron era el ziar líder. Al morir Loron y dejar de prestar su colaboración mental para que el ziar transmitiera órdenes, todos los gusanos que hacían combatir a los dralos perdieron su deseo de lucha.

—Salvaremos a casi todos los dralos del valle —asintió Darmon —. Luego volveremos a Dral, a Tarania e iremos rescatando a todos los desdichados que han tenido un gusano en el cuello.

Miré, con los ojos entrecerrados, a Darmon.

—Eres un desconfiado —dije—. Tú ya tenías un plan definido cuando nos encontraste en la frontera dralaisamita. ¿No confiabas en nosotros?

Se encogió de hombros antes de contestar:

—No demasiado —sonrió—. De todas formas era preciso que de algún modo los dralos fueran entretenidos. Cuando me comunicaron que se habían dividido, pensé que la victoria estaba cerca. En realidad, ya casi tenía todo mi ejército cruzando Dral cuando nos vimos. Mis físicos habían terminado de proporcionarnos los proyectores de gases mercuriales.

Acepté el vaso de vino que nos ofreció.

—¿Qué pasará con los dralos? Ellos no son culpables…

—Seguro que no. Durante algunos días estarán como atontados. Tardarán en recuperarse. Les dejaremos en su país. El daño ha sido grande, pero tal vez esto nos sirva para que no volvamos a pelear entre nosotros. Por cierto, ahora me temo que este planeta volverá a llenarse de gentes de las estrellas.

—Llegarán los mizarianos del CILMO. Pero no serán como Loron. Podéis aceptar la ayuda que os ofrecerán.

Regresamos en el flotador hasta la entrada del valle. Volamos despacio por encima del campo de batalla. Los isamitas estaban reagrupando a los aturdidos dralos, a quienes, con manos enguantadas, cogían a los gusanos y los echaban a potes de barro del que emanaba un humo espeso. Los isamitas no se fiaban y estaban cociendo a los ziars en ácido.

Aguian y yo nos miramos. Ninguno de los dos supo responder si aquel método era el adecuado.

* * *

Cuando los mandos del CILMO nos dieron las gracias a Aguian y a mí por nuestra colaboración lo hicieron de forma un tanto fría.

Por el contrario, los días que pasamos en Espiga II, Marion se encargó de hacer más calurosas las muestras de agradecimiento de Mizar.

Casi lamenté cuando llegaron las naves del CILMO. Descendieron a poca distancia donde estaba el *Russell-B*, ya limpia de cadáveres.

A unos kilómetros acampaban unos destacamentos de Darmon y representaciones de Dral y Tarania. Les dejé que los líderes de Espiga concertaran con los mizarianos los términos de la ayuda que éstos se apresuraron a ofrecer. Tengo que reconocer que los mizarianos fueron prudentes. Ni una sola vez mencionaron a sus

compañeros muertos.

Todos estaban conformes en achacar las muertes a los ziars.

—Tengo que ir a la Tierra —dije a Marion, mirando por encima de su hombro la nave que nos aguardaba a mí y a Aguian, que gentilmente el CILMO había puesto a nuestra disposición—. Allí me espera, supongo, un cargamento de animales que entregar al zoo. Luego, otro trabajo.

—¿No te aburre ir de un planeta a otro cazando animales raros para que los terrestres los vean en unas jaulas?

—Ya no se usan jaulas. Los animales viven en entornos iguales a sus planetas —protesté—. Bueno, tengo que admitir que algún día lo dejaré todo para buscarme algo más descansado.

—Mis superiores han considerado profundamente lo sucedido en Espiga, Leo —dijo ella, sonriendo enigmáticamente.

—¿Y qué?

—No sé. Tal vez ahora estén convencidos de que no es bueno llegar a un planeta desconocido sin prevenirse antes un poco. Nuestros técnicos no están prevenidos para afrontar situaciones peligrosas. Yo les dije…, bueno, ellos están de acuerdo en que también precisamos de la ayuda de expertos cazadores, de conocedores de toda clase de mundos. Eso nos ayudaría y evitaría tragedias como la sucedida en el *Russell-B*…

—Un momento —la atajé—. ¿Quieres decir que me propones que trabaje para vosotros? ¿Un terrestre al lado de los mizarianos?

—No sería uno, sino dos. También Aguian sería aceptado. Además, estás equivocado con respecto a nosotros. Admitimos en la organización a gentes de toda la Galaxia. Por ejemplo, Riolh era un humanoide de Lira y…

—Pero Riolh poseía en cierto modo una similitud con vosotros. Sus poderes mentales…

—Mis jefes están convencidos que tú posees otras cualidades. Y, por supuesto, yo también.

Me besó, dejándome aturdido. Me habría gustado preguntar a Aguian. Debí dejar mis pensamientos demasiado libres, pues Marion se apresuró a decir:

—Aguian está de acuerdo.

—No me gusta que me leas el pensamiento.

—No lo haré. Lo prometo.

—Bueno, es igual. Seguro que ya sabes que no estoy dispuesto a perderte de vista. —¿Irás a la Tierra?

—¿Para qué? Vosotros los mizarianos tenéis los mejores transmisores instantáneos. Lo usaré para dar orden de vender mis oficinas y permisos de caza. Ya me enviarán el dinero.

—Te gustará Mizar.

Nos seguimos abrazando. Al cabo de un rato, cuando la nave que me había estado aguardando partió sin mí, mirando el lugar que había ocupado en el exterior, a través de la ventana, dije:

—Por el momento, me conformo que tú me sigas gustando. ¿Tengo que decirte que te quiero?

—Claro que sí. No lo he leído en tu mente. Y aunque lo hubiera hecho, me gusta oírtelo decir.

FIN